

ANÁBASIS

ANTOLOGÍA DE NARRATIVA FANTÁSTICA
Y FICCIÓN HISTÓRICA



Compiladora Victoria Marín Fallas

ANÁBASIS

Antología de narrativa fantástica y ficción histórica

Compiladora:
Victoria Marín Fallas



861.44
M337a

Marín Fallas, Victoria, compiladora
Anábasis, Antología de narrativa fantástica y ficción histórica
/ Compilador: Victoria Marín Fallas. - 1ª ed. Pérez Zeledón,
C. R: Editorial Nacimiento, 2021.
89p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN (PDF): 978-9930-582-33-6

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. CUENTO
I. Autor II. Título

Imagen de portada: Die Toteninsel (1883)
por Arnold Böcklin

Diagramación: Adams J Ruiz.

Ilustraciones: Hernán Díaz Parrales

ISBN (impreso): 978-9930-582-32-9



EDITORIAL NACIMIENTO

Reservados todos los derechos.

Prohibida la comercialización por cualquier medio.

Prohibida la reproducción no autorizada por cualquier
medio, mecánico o electrónico del contenido total o
parcial de esta publicación.

Un reconocimiento especial a la labor del profesor Rafael Ángel González Marín, quien compartió con sus alumnos sus conocimientos sobre la mitología y el símbolo en las aulas de la Universidad de Costa Rica, al equipo de Revista Virtual Quimera por sus aportes a este proyecto, a Romario Salas Cerdas por sus apreciaciones y al personal de la Biblioteca de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica por todo su apoyo.

Presentación

*El tiempo se hunde en decadencia
como una vela consumida
y a las montañas y bosques
les llega el día, les llega el día;
pero tú, amable turbamulta antigua
de los estados del ánimo nacidos del fuego,
tú no desapareces.
—William Butler Yeats*

Revivificar la tradición y convertirla en algo más que un cascarón, ese es el objetivo de esta antología, tejido de cultura inmaterial hilado con variopintas voces, las cuales expresan múltiples interpretaciones de la realidad o la fantasía. Estas vienen de Costa Rica, Ecuador, México, Bolivia, Argentina y dan vida a textos muy diversos, tanto en estilos como en niveles de significado, marcos espaciales o temporales.

La imaginación de nuestros autores no se quedó anclada en esta era, sino que echó alas y decidió volar por distintas épocas y lugares para establecer las bases de su narrativa y crear mundos, argumentos que permiten vivir ese tiempo sagrado dedicado a la lectura, a la confrontación con el aliento de vida proveniente del soplo creador, principio que bien puede infundir dos almas a un mismo relato, cosa que, por cierto, sucede mucho en estas páginas enriquecidas por el símbolo.

Las letras escritas en este libro van y vienen entre el presente y el sueño, la historia y la memoria condensada en el mito y la leyenda, amalgama que compone el hilo conductor de este viaje cronológico —anátesis a través de la ficción y de las distintas etapas históricas— el cual nos conduce a ese mar de significados, de verdades cifradas y estructuras maravillosas que es el tiempo mítico; no sin antes haberle permitido al lector ser partícipe de la interacción entre dioses, arquetipos, personajes de la literatura universal,

apariciones y figuras históricas que dan pie para tratar —mediante recursos como la desmitificación, la alegorización, la transmitificación o la crítica directa— temas como el amor diverso, la inclusión, la lucha contra la opresión patriarcal, la revaloración de lo monstruoso como un elemento de crítica social, el mito de la inmortalidad etc. Esta colección de narrativa refleja las vivencias del hombre contemporáneo que se proyecta a otros espacios, y materializa una realidad de la que no siempre se tiene conciencia: el hecho de que los mitos, ya sean alegóricos, épicos o legendarios, continúan comunicándose con nosotros e interactuando entre ellos, expandiéndose y mostrando su fecundidad en la cultura.

Ivannia Victoria Marín Fallas
San José, 11 de mayo de 2020

POCA CONTEMPORÁNEA

Juegos Taurinos

Carlos I. Naranjo-Pacheco

Una carcajada convulsa llegaba a todos los salones de aquel palacio-laberinto. De un tirón, se abrió la túnica y quedó desnuda ante la luna del espejo de cobre. La reina reía sentada en el piso. Había triunfado. Su casi intacta belleza era un mito en todo el mediterráneo. No por gusto, años atrás hombres de todas partes llegaban a Creta a congraciarse y negociar con el rey, a admirar la fortaleza que neutralizara por décadas a las tribus bárbaras, pero también venían a ver a la deslumbrante reina. Ella, bien lo sabía y hacía sus apariciones con aparente descuido en las diferentes puertas de palacio. Entonces, todo eran gritos, correr y algarabías: “¡es Pasifae, la hija de los dioses!”. Sí, así esperaba a sus enemigos, desnuda. Desnuda también entraría al reino de los muertos o de las deidades desafiando a quienes le increpase. Ya no importa nada. Solo queda la satisfacción de la venganza, el dolor, y el recuerdo de esos dos ojos de bestia llevada al matadero.

—¡Eunice, Samos! —llamó en vano a sus sirvientes, todos se habían marchado ante el horror del cuerpo ensangrentado del rey y sus hijos. Solo ella había quedado para cubrirlos y preparar las piras. —¡Adonia! —insistió, esta vez echando a andar por las oscuridades de la fortaleza.

La reina arrastró sus recuerdos al unísono de sus pies hacia una salida que no llegaba. Siempre había odiado este palacio, tantas habitaciones sin orden, un racimo de cuartos atestados de especias, vinos, miel y lana, un sinfín de ánforas, siempre ánforas, grandes, pequeñas, abiertas, volcadas. Le recriminaba constantemente a su esposo el desorden, la falta de previsión en la construcción del palacio. Minos jamás le escuchó, él sabía que eran cantaletas de mujeres. La idea del palacio-laberinto había dado resultado en el par de ocasiones que los guerreros de los pueblos vecinos habían logrado subir a la colina desde la costa. Aquellos que sobrevivieron a la

caída en los pozos-graneros, enmascarados en la entrada del palacio, se perdieron irremediabilmente en los corredores ciegos y múltiples habitaciones de la fortaleza. Era entonces fácil ser presa de las espadas de la guardia real escondida en los rincones menos imaginados. El forastero que entraba sin un guía jamás hallaba la salida. Extrañamente Pasifae tampoco la encontraba esta vez.

“Un poco más, Pasifae, avanza y saldrás de esta pesadilla”. De pronto se halló en medio de la habitación terrible, rodeada de pinturas que le estrujaron el corazón. Ella misma había mandado a decorarla. Fue su lugar preferido durante mucho tiempo. Ahora los jóvenes le miraban acusatoriamente desde las paredes sin interrumpir sus juegos taurinos. “¡No los maten, ¡no les cercenen las cabezas! ¡Oh, yo sé que no lo harían, no sin permiso de su reina! ¡Yo soy Pasifae, hija de Helios, les ordeno que les perdonen la vida!”. Agarró un ánfora de vino y la lanzó contra una pared, y otra y luego otra. Exhausta, bebió directo de un ánfora hasta vaciarla.

Debió haber dormido un par de horas o quizás más, aún era de día. La cabeza quería estallarle. Bajó las escaleras y recordó que tenía que disponer las piras mortuorias. ¡Si solo Minos o alguien le hubiesen escuchado! Jamás comprendieron que ella, una semidiosa, era diferente. Sus ancestros no tenían miedo al amor y sus juegos eróticos no se limitaban a los hombres. También entendía que solo ella había sido testigo de la mirada limpia del blanco toro sagrado. ¡Cuánta dulzura en esos dos cráteres vivos! Como hija de dioses, era su responsabilidad atender y alimentar con grano puro al animal elegido. A cambio, la mansa bestia le dio su semilla. Sus plegarias fueron respondidas en el silencio del animal y las noches de amor compartidas. El secreto estaba a salvo, su único cómplice fue Dédalo. El viejo arquitecto le había enseñado a la reina los pasadizos secretos para llegar a los establos sin ser notada.

Nadie se asombró del embarazo. Todos se alegraron, incluso el rey que siempre celebraba su fuerza de semental con toda criada que se le acercara, aunque la reina sabía que su gusto genuino era por los muchachos semidesnudos y sudorosos entrenando en el polvo de los patios de palacio. A ella le visitaba poco, eran

encuentros cortos y brutales. Pasifae había dejado de gritar hacía mucho. Había comprendido que nadie vendría en su auxilio, especialmente su padre, el dios-sol.

Y llegó el día del parto. Nació la criatura y la isla estalló en acción. Las parteras reales salieron en estampidas gritando por los corredores de palacio y nadie consiguió atajarlas, gritaron y gritaron por los caminos, en las aldeas, por los campos hasta quedarse sin voz y hasta la última piedra de aquel hervidero replicaron sus alaridos. Nadie estaba seguro de lo que ocurría. “¿Que tiene cabeza de cordero? ¡No, de toro! ¿Será un semidiós? ¡Qué no, es un engendro!” El vulgo arreció el paso a la fortaleza. Los hombres del rey no pudieron cerrarles el paso. Lo único que los contuvo fue la figura de Minos en la terraza norte. La reina asida por el pelo en su diestra y en la otra mano, un bebé ensangrentado colgando del tobillo. El horror de la muchedumbre fue callado por el grito de Pasifae.

Nunca más nadie los vio. A ella la condenaron a un exilio en sus habitaciones, algo que aceptó fácilmente después de enterarse del sacrificio del toro blanco. El rey había roto con el protocolo y había ordenado servirlo en su mesa, incluso antes de la fecha astral propicia. Mal augurio para muchos. El sacerdote principal se marchó de la isla sin decir palabra. Otro signo de desgracia. Los príncipes repudiaron a la madre, especialmente Ariadna, siempre tan correcta, tan predestinada a algo mayor.

El niño-bestia se hizo hombre-monstruo en su encierro. Solo conoció las caricias de su madre en las escasas ocasiones que sus carceleros se dejaron sobornar con joyas o besos. La reina cantaba en las noches y él respondía con ese alarido que helaba los corazones de quien lo escuchaba: el palacio estaba maldito. Solo se acercaban los curiosos. Ya no venían por ver a la reina, ni a los tesoros de Minos, sino con el afán de poder ver alguna vez al monstruo. También empezaron a desaparecer jóvenes de la isla, pastores que se aproximaban demasiado a palacio, o forasteros despistados que disfrutaban de las bondades del viejo rey. Se decía que la bestia rumiaba por los laberínticos pasillos y devoraba a todo desconocido que se perdía en él.

El comercio decreció, las fuentes que llevaban agua a palacio se secaron súbitamente. El silencio cubrió los corredores. El viejo rey rumiaba sus días en el salón del trono, antes lleno de comerciantes, mercaderes y aduladores de turno. Solo lo sacaba del sopor el paso de unas piernas musculosas de algún joven de la servidumbre. Entonces se levantaba y arrastrando su baba hasta algún rincón conocido por él. Al joven sorprendido nunca se le volvía a ver.

Pasifae creció en amargura. Como las arañas, tejó su tela y se sentó en el extremo a esperar. Y esperó, esperó hasta que los vientos del norte trajeron aires de Atenas. Llegó el prometido de Ariadna, atraído por su belleza, pero más por la fortuna del padre. Teseo rebosaba juventud y fue el viejo rey quien posó sus ojos sobre el hijo de Egeo. Nunca se había atrevido a tanto, siempre se había cuidado de provocar a algún padre con el poder suficiente de empezar una guerra contra él. Pero a sus años, no pudo evitar caer en las redes de la lascivia y se enamoró de la conversación suave del príncipe, su talle perfecto y el torso siempre expuesto. Ariadna adivinó el macabro plan de su padre, hacía mucho que estaba decidida a marcharse de aquella isla maldita y la presencia de Teseo le brindaba esa oportunidad, no iba a permitir que el decrepito monarca le tronchara la vida. Buscó la complicidad de la vieja criada: —¡Eunice, comunícale a Teseo de la lujuria de Minos! —Eunice, sin embargo, no le contó al joven, sino que fue directo a las habitaciones de la reina y desembuchó el secreto. Pasifae se alegró, ofreció unas libaciones a su padre, al astro rey, y decidió negociar con Atenas. La fiel sirvienta le trajo la confirmación del pacto.

En la mañana siguiente Pasifae convocó una reunión familiar en el salón del trono. Los hijos acudieron bajo la promesa de la repartición en vida del tesoro de la madre. Minos siempre estaba en el salón. La reina repartió sus joyas y pertenencias ayudada por Eunice, también abundó el vino sazonado con orovale, una planta silvestre recomendada por Dédalo. Cuando el último de la sangre real cayó al suelo bajo los efectos somníferos de la planta, la reina sacó de su túnica la espada del sacrificio y lentamente rebanó la cabeza de los que allí dormían.

La guardia del príncipe ateniense dio cuenta de los pocos hombres del rey en el palacio que ofrecieron resistencia; casi todos huyeron ante la vista de la reina bañada en sangre y los cuerpos sin cabezas. La maldición se había cumplido.

La reina logró salir de palacio. Su padre, el sol, se marchaba abochornado detrás de las colinas. Desde la terraza vio las huestes de Egeo subiendo por el camino empedrado. “Tengo que apresurarme para hacer tres piras! ¡No, no me dará tiempo!” Recogió unos cuantos leños secos, los llevó al salón del trono junto con un ánfora de aceite y les prendió fuego. Ardieron los cuerpos, ardió el palacio, ardió la reina, su hijo-monstruo-dulzura-de-sus-sueños y ardió el dolor que durante años le sofocó. Todos los que vieron el fuego en la colina, también divisaron la enorme luna que cubrió la isla durante semanas.

—Apresúrense que el crucero parte a las 5, ¡hurry up! —La voz nasal del guía me devolvió a la realidad. Me volví a mirar las ruinas de la entrada del palacio y con un gesto tímido, dije también adiós a los tristes ojos del espectro de Pasifae.

Cuando Herminia iba a cumplir setenta años

Rafael Ángel Herra

Muchos días antes de cumplir setenta años, Herminia decidió que no iría a festejarlos en su ciudad natal, donde la esperaban sus hijos y los hijos de sus hijos y el cura centenario que la había bautizado. Se propuso no ir porque una noche de insomnio decidió que evitando aquel regreso dejaría de cumplir años y ahuyentaría la vejez para siempre. Actuó en consecuencia: entregada a sus resquemores solitarios inició una carrera contra el tiempo y en cierto modo contra el horror.

Aquel amanecer emprendió la marcha en dirección contraria al lugar de su nacimiento, siguiendo la ruta del amanecer. Su fuga se convirtió en una peregrinación hacia santuarios sin rostro, mientras le volvía las espaldas a la única fecha del calendario que creía evitable. Caminó hacia el este día tras día, ascendió montes, descendió a las quebradas, dobló la espalda bajo el sol, devorando el tiempo sin darse cuenta, tal vez porque el esfuerzo de caminar le exigía toda la concentración de la cual era capaz. Los atardeceres lluviosos le llenaban el corazón.

Junto al mar sintió acercarse la fecha y la dejó irse, sin melancolía, pero con bravura. Descansó unos días estremecida por las olas y luego regresó hacia el poniente, a donde estaban sus hijos y el cura que la había bautizado. Se sentía dichosa: había derrotado al tiempo, su enemigo. El cumpleaños no importaba, no volvería a inquietarla, pues ya era letra sin sentido, vago silencio; y así lo creyó mientras encaminaba sus pasos hacia el pueblo natal, para encontrarse con sus hijos y los hijos de sus hijos y el cura que la había bautizado.

Pero Herminia no pudo celebrar el triunfo, ni advirtió que su cumpleaños carecía de importancia: al atardecer la muerte la esperaba en su pueblo.

El niño misterioso de la carretera

Sussy Carballo

Cada día es solo carreras, sobre todo ahora que estamos en pandemia. Pocas veces podemos salir, solo a lo realmente necesario. Por fuerza, hoy debí salir, para comprar alimentos y recoger unos libros. Con tal de evitar caminar e interactuar con gente, conocida y desconocida, le pedí a mi amigo Jorge, que es Uber, que me hiciera el favor de llevarme a cada uno de los diferentes destinos a los que necesitaba ir. Muy amable él aceptó y llegó a eso de las ocho de la mañana. Después de subir al carro, nos saludamos y, transcurridos dos minutos, él arrancó para llevarme a cada lugar.

En el camino nos pusimos a conversar de varios temas. Me preguntó si había podido conocer Corso Lechería Tour, ubicada en Poasito de Alajuela, una finca muy grande dónde se puede pasar el día en familia y disfrutar de varias actividades más al estilo granja, a lo que le contesté que no. Luego recordó que yo recupero historias de miedo y se ofreció a contarme una que le había ocurrido hace varios años. Como buena cazadora de estas historias, le presté atención. Estaba emocionada, pues esa es mi misión, recuperar esos relatos.

Jorge me contó que un año después del terremoto de Cinchona, ocurrido el 8 de enero de 2009, él viajaba mucho a Sarapiquí, porque tenía una novia allá. Él trabajaba en una funeraria transportando muertos, así que, al concluir su labor, aprovechaba para irse donde ella. Por lo general, viajaba los viernes de noche y, por su tipo de trabajo, no le daba miedo, pues no era de creer en aparecidos o espantos.

Uno de esos tantos viernes, como a las nueve de la noche, al bajar de Vara Blanca hacia Cinchona, antes de llegar a una soda muy famosa ahí, como a unos trescientos metros, existía un bajoncillo. Antes del terremoto, había muchas casas, pero cuando Jorge pasó en aquel entonces ya no había nada, todo había desaparecido.

En eso que Jorge iba en su carro para Sarapiquí, observó la silueta de un niño como de tres a cuatro años en media calle. Mi amigo se quedó impactado.

—¿Por qué te asombraste? —le pregunté.

—Mirá, Náyade, no sabía qué era eso. En mi vida, me había salido algo en carretera y nunca he visto nada.

—¿Qué hora era? —interrogué.

—Eran entre las diez y media u once de la noche. Iba más tarde que de costumbre, rumbo a la casa de la familia de mi novia. Prefiero irme los viernes en la noche, para pasar el sábado y domingo con ella. Luego los lunes me regreso en la mañana.

Después me platicó que, al ver la silueta del niño, encendió la luz alta, pues no deseaba atropellarlo. Pero, al acercarse lentamente se le desapareció la silueta del infante. Así que tomó la decisión de parar y bajarse con foco en mano. Alumbró por todo lado para buscar al niño y estar seguro de lo que había visto; pues él iba totalmente solo y no había más carros. Al percatarse de que no había nada, se volvió a subir al carro.

—Así que te fuiste con la duda —intervine.

—¡Qué va!, tenía la marcha atrás y, al mirar por el retrovisor, vi la silueta del chiquito, esta vez atrás en media calle, agachado. Pensé que eso no era normal, y admito que ahí sí ya me asusté un poco. ¿Qué hacía un chiquito a esas horas? Me pregunté. Así que pensé en tener cuidado, pues hay personas que realizan timos valiéndose de un chiquito para asaltar. Aun así, me bajé de nuevo, pero cuando me quise acercar había desaparecido. Alumbré toda la ruta, hacia todo lado y nada. Me regresé de nuevo al carro y, al subirme, las luces de atrás se encendieron solas y de nuevo noté al chiquito otra vez. Me sentía ya bastante aterrado.

—¿Qué hiciste? —quise saber, intrigada.

—Me asusté como nunca en la vida me había pasado, un frío escalofriante me recorrió todo el cuerpo.

Jorge me explicó que la noche se le hizo de lo más tenebrosa y aceleró el carro para atrás con velocidad, pues en su mente tenía la idea de que, independientemente de lo que había visto, quizás así

lo aplastaría. Se hizo como unos cincuenta metros para atrás con velocidad, aprovechó que no había carros y nadie lo iba a ver por aquella oscuridad total. Después puso la marcha hacia adelante. Al detener el carro, se encendieron de nuevo las luces de atrás y miró de nuevo al niño por el retrovisor. Así que aceleró todo lo que pudo para huir de ahí.

La experiencia que me narró fue bien aterradora, él pensaba que, como allí murieron muchas personas cuando el terremoto, tal vez los espíritus de esa gente rondaba esos lugares. Pero, no solo él había tenido ese avistamiento. Con los meses, un chofer de bus de los Caribeños afirmó haber visto, en ese mismo lugar, a un niño agachado en la calle.

Gurutña y los niños

Oscar Brenes Cerdas

La primera vez que los vi mi espíritu dio un tumbo de la emoción. Hacía cuatrocientos años y un tanto más que no tenía a unos niños tan cerca.

Eran dos, una niña de alrededor de cinco soles, cabello negro lacio deslumbrante a la luz diurna y unos ojos cafés de un cálido mirar. El otro era un niño un tanto mayor que la pequeña, él tenía el cabello lacio, negro y esa misma mirada inolvidable, era innegable que los dos eran hermanos.

Los pequeñines estaban con su madre a orillas de la quebrada en la que yo me encontraba siempre, atado al paso incesante del tiempo, días y noches.

Jugueteaban los tres en total libertad disfrutando del aire fresco, de los incontables árboles, del zacate y la desnuda tierra que pisaban bajo sus pies calzados acompañados por el canto ensoñador de las aves.

Y es que, ¿cómo no me iba a poner alegre si me recordaron mi pasado! Los niños me remontaron a un tiempo ya lejano, a una vida nebulosa y turbia, a unos recuerdos sombríos que gracias a la presencia de las criaturas se volvieron a llenar de luz así como cuando la claridad del astro rey toca un recoveco olvidado durante largo tiempo en las tinieblas.

Así como llegaron los niños se marcharon y con ellos mis recuerdos. Pero fue en esa fracción de tiempo en que recordé... Sí, recordé a mis propios hijos ya hacía mucho olvidados en el etéreo transitar de astros. Pude saborear el recuerdo de mis hijos jugueteando a las afueras de mi rancho, riendo, disfrutando con la inocencia a flor de piel de la que solo son capaces aquellos que no han sufrido de las espinas de la vida a severidad.

Yo contemplaba a mis dos pequeños desde el umbral del alto rancho de paja con la madre de los infantes jugueteros a mi lado.

Sus pieles canela deslumbraban con la luz solar filtrada por las nubes que horas más tarde dejarían caer las torrenciales lluvias para fecundar la tierra.

Con la partida de los niños también se fue el recuerdo y volví a ese vacío frío y espeso como el sudor cuando se mezcla con el polvo del camino, un camino de eternidad y soledad.

No tengo idea de cuánto tiempo transcurrió, pero los dos niños volvieron, con sus risas y juegos y un tanto más crecidos. Fue mágico porque con su nueva llegada también volvió a la vida mi memoria. Recordé que fui un gran monarca, un guerrero, me aprecié a mí mismo luciendo atavíos de oro en brazos y piernas, portando un collar de colmillos de jaguares, pumas, cocodrilos que yo mismo había vencido en combate cuerpo a cuerpo y me transferían su fuerza y facultades. Sobre mi cabeza descansaba un tocado de plumas coloridas de diversas aves: tucanes, lapas rojas, loras verdes, quetzales.

¡Me sentí tan vivo! Me sentí tan corpóreo que creo que ahí mismo bajo el sol de media mañana el niño me vio. Ahí de pie vestido con solo un taparrabo de mastate estaba yo, ¡y el hombrecito me vio!

Asustado tomó la manga de la blusa de su hermanita y sacudiéndola un par de veces señaló hacia el lugar en el cual yo me encontraba, a orillas de la quebrada y al pie de un alto árbol de higuerón.

Y Mientras yo me percataba de las acciones de los niños saboreaba el recuerdo de años añejos ya. Recordé cada rancho y habitante de mi palenque, cada piedra de las calzadas, cada rostro, cada voz, cada actitud.

A mis memorias revoloteando como mariposas llegaron las palabras que dirigía a mi hijo mientras le enseñaba a usar el arco y la flecha. Palabras ya hacía mucho olvidadas, nitore ‘flecha’, pusitiu ‘valiente’, banya... ‘hijo’.

Pero el niño del ahora se asustó y se alejó corriendo llevándose casi a rastras a la niña, que volteaba a mirar atrás percatándose también de mi presencia. Luego se perdieron los dos detrás de la pequeña colina que daba al riachuelo. Otra vez me hallé sumido en

la oscuridad carente de memoria, con solo el deseo de volver a ver a los infantes de nuevo.

La siguiente vez que los vi no tenía una idea clara del tiempo transcurrido desde la última ocasión. Si se notaba que habían crecido, quizás él estaba ya en sus siete soles, ella en sus seis.

El niño se dedicó a lanzar piedras a la quebrada, ella se sentó a un lado del árbol a recoger una que otra florecilla que ahí crecía.

Fue como prenderle fuego a un tronco seco: mi ser se llenó de luz y vida, los recuerdos afloraron al instante. Me sentía tan pleno que sin pensarlo, de mis manos salió volando una mariposa dorada, idéntica a aquellas elaboradas en oro por mi pueblo de antaño, solo que esta revoloteaba con vida propia y se aproximó a la pequeña que instintivamente sonrió y jugueteó con ella.

Era sorprendente ver el brillo de vida que emanaba ese par de pequeños ojos cafés como el barro mojado del camino. De mis manos saltó una ranita dorada que luego de caer al suelo, en un par de saltos se ubicó frente a la niña. Esta no se asustó, más bien con gran sorpresa se quedó mirando al animalito que destellaba con fulgor dorado bajo los rayos del sol.

Y mientras creaba estas figuras doradas de manera involuntaria, mi mente navegaba por otro recuerdo más: dentro del palenque y sobre la hamaca mi hija acurrucada a mí escuchaba mis narraciones sobre natakepo, la ‘rana’, sobre mounkoyo el ‘águila’. Yo acariciaba con ternura los finos cabellos de mi amada nasayme, ‘mi hija’, mientras ella me pedía más y más historias ancestrales. ¡Kujkue! ¡Kujkue! ¡Padre! ¡Padre!

—¡Miryam, Miryam, Gerardo, ya nos vamos!

Un grito lejano proveniente de la cima de la pequeña colina me sacó de mis memorias. Era la madre que llamaba a sus hijos. La niña volteó a mirar hacia la colina y de un salto se puso en pie dejando así el juego con la mariposa, la rana y un águila dorada que se habían reunido un poco más tarde a volar por ahí. En el acto las figuras se desvanecieron en un fino polvo dorado que la brisa de medio día se encargó de dispersar.

—¡Mami! ¡Mami! ¿Cuándo puedo volver a venir a jugar con el señor de las figuritas de oro?, —preguntó en forma inocente la niña mientras la madre asustada volteaba a mirar a su alrededor buscando a alguien.

La partida de los niños de nuevo me sumergió en la soledad, con la diferencia que ahora mi conciencia estaba despierta y podía percatarme con un poco más de percepción del paso del tiempo.

Esa noche un par de hombres pasaron cerca de la quebrada.

—¡Mirá que raras esas luces que se ven allá por el río, cerca de los árboles! ¿Qué será? —Soltó uno de los caminantes al otro mientras señalaba al sitio donde yo estaba.

—Uy, dicen que por aquí hay entierros de indios. ¿Vos te sabes la leyenda de ese cacique...? ¿Cómo era que se llamaba?

—Orontes.

—¡Ese mismo! Esas son sus luces de muerto, por algún lugar del río debe estar enterrada su guaca de piezas de oro.

Y sin más los dos se marcharon, difuminándose en las sombras de la noche.

Orontes, ese nombre... Orontes no era yo, ese era un rey güetar que luchó contra mí, fue un bravo guerrero también. No lograba recordar mi nombre, pero sí tenía claro que era muy similar al de Orontes.

El tiempo pasó y nuevamente yo perdí la cuenta de las salidas y puestas de nyumbu 'el sol' y de yu 'la luna'. Ya me había acostumbrado nuevamente a la soledad y la somnolencia mental. Cuando desde la colina escuché una voz de mujer.

Una muchacha ya casi mayor bajaba lentamente mientras caminaba de forma distraída y hablaba sola con su cabeza inclinada a un lado y su mano sobre su oído derecho. Avanzaba hacia el higuerón a orilla de la quebrada.

—Sí, me voy de Orotina, voy a irme a vivir a San José para entrar a la "U" —dijo en un tono melancólico la muchacha.

¡Orotina! ¡Gurutíña! ¡Ese era mi nombre! Yo fui un rey choro-tega que la gente acostumbraba a darle la fama de guerrero y san-guinario. Claro que mi pueblo estuvo en guerra con los güetares,

por supuesto que era belicoso, tenía razón de serlo. ¿Acaso la gente nunca ha visto al nambue, al jaguar defender a su cría, a su río, a su montaña? ¡Yo tenía hijos, mis cachorros que defender! ¡Mi montaña que cuidar! No, la gente de ahora tiene su mente y ser en otras cosas. ¡Qué van a saber todos ellos de jaguares defendiendo lo que es suyo!

—Voy a extrañar vivir en la montaña, desde que mi hermano Gerardo se fue a estudiar arqueología las cosas se pusieron aburridas por aquí.

Mientras la chica decía esto, pude percibir en sus ojos el brillo idéntico al de la niñita que hacía mucho no venía. ¡Era ella!

¡Quise formar mariposas, quise formar ranitas saltarinas y águilas doradas que volaran siguiendo los rayos del sol pero ya no era lo mismo, no pude... ya la magia no estaba!

Ella indudablemente había cambiado. Como me hubiera gustado decirle que ahí estaba yo, que ella era idéntica a mi hija y que yo deseaba contarle historias de los ancestros, de ranas y águilas, de héroes y guerreros chorotegas, así como se las conté a mi hija hacía mucho tiempo atrás.

En ese instante los recuerdos que bullían en mi mente eran dolorosos: recordé el día de mi última batalla, fue contra los españoles y a pesar de que luché con valor me hirieron de muerte. Recuerdo cuando mis fieles guerreros me llevaron de regreso al palenque, ya con los últimos hilos de mi vida rompiéndose para salir volando de mi pecho.

Ahora recuerdo el rostro de dolor de mi hija, idéntica a la muchacha que estaba ante mí, ya con dieciocho soles encima, con lágrimas haciendo surcos en sus tersas mejillas del color del cacao. Mi hijo como valeroso guerrero en que se había convertido, luchó junto a mí pero quedó muerto en un trillo de montaña cumpliendo su deber.

A orillas de la quebrada que mi pueblo entero “amarró” para desviar su cauce y enterrar todo el oro bajo fuertes y frías lajas de piedra, me enterraron a mí. Así como el cauce de la quebrada retomó su curso normal ocultando las piezas de oro de ranas, mariposas,

águilas y jaguares; así el curso del tiempo cubrió nuestros recuerdos e historias.

¡Qué importaba ser chorotega o güetar, los que habían llegado nos masacraron a todos por igual! Y aunque aún nuestros pueblos seguían vivos, poco a poco se estaban convirtiendo de historia viva en historia agonizante para irremediablemente dirigirse a ser historia muerta. Ya nadie nos recordaba, poco éramos mencionados ya.

¡Cómo me hubiera gustado contarle todo a esa niña que solía visitarme y ahora se presentaba como mujer ante mis nebulosos ojos! ¡Grité con fuerza, la llamé, le supliqué arrodillado al pie del higuerón que recordara sus raíces ancestrales, que nos volviera a dar vida a los chorotegas en su mente, que volviera a ser como fuimos antes! No me escuchó.

La muchacha se colocó dos mecatos como con un par de semillas a sus extremos en cada una de sus orejas, y dando media vuelta echando una última mirada al higuerón y a la quebrada se marchó hasta perderse al pasar la colina para no regresar nunca más...

Mi Llorona

Marliz Giraldo Quesada

Siempre le había tenido miedo a la Llorona, miedo de convertirme en ella, miedo de ser juzgada y repudiada como ella, miedo de ser juzgada por mala mujer, por no querer ser madre, miedo de no encajar porque muy en el fondo sabía que me gustaba más mi mejor amiga que mi novio. Estábamos viendo en el colegio leyendas ticas y recuerdo claramente a mis compañeros arremedando a la Llorona y burlándose de ella. Y, sin embargo, ahí estaba yo riéndome también, sintiéndome falsa y sucia. Tenía apenas 15 años y no sabía que uno podía decidir alejarse de ese mundo de espejos y humo.

Pero lejos estaba yo de saber que mi vida iba a ser salvada por ella. Mi novio había insistido en que fuéramos a acampar con sus amigos a la finca de su papá. Yo era para ellos la mascota, la pobrecita en un colegio de adinerados con beca. Yo sabía muy en el fondo por qué él me presionó tanto a que fuéramos, y aunque no quería ir, por la presión de todos, acepté. La noche del paseo llegó, y mientras todo cantaban y reían, yo sabía que era una de esas noches que presagian tragedia. Me sentía alienada de todo lo que estaba pasando. Estaba mirando por la ventana cuando me pareció ver a una mujer vestida de blanco, de pie viéndonos fijamente, y en eso todos escuchamos su lamento. Cuando volví a ver ya no estaba, y una vez más el chiste fue ella, después de muchas imitaciones y bromas las mujeres comenzaron a llorar y salieron los hombrecitos a decir que nos iban a defender, y como ya el alcohol, entre otras cosas, fluía libremente por las venas de todos, las parejas se comenzaron a dispersar entre risitas y coqueteos.

Todo transcurrió como un sueño, mi novio me llevó de la mano hasta la orilla del río, me acostó y me comenzó a desvestir mientras me decía cómo me iba a hacer suya, y cómo me iba a llenar y completarme. En mi mente yo gritaba que no, lo aruñaba, lo golpeaba,

pero mi cuerpo no respondía, es más ¡ya no sentía nada! y me podía ver a mí misma como en una película desde la altura. Las lágrimas corrían silenciosas y dolorosas por mis frías mejillas. Hasta que la escuché, pero no me dio miedo, entendí que su lamento relataba la historia de una y de todas aquellas que habían sufrido por destinos impuestos.

El inútil de mi novio no la notó hasta que ella se le acercó, él con prepotencia la invitó a unirse, Ella le sonrió y le indicó que se acercara... nunca supe qué le susurró al oído, pero sí vi su cara transformarse en una máscara de terror y huir, sin tan siquiera preocuparse por mí, nunca más volvió a ser el mismo a partir de aquel día, y nunca más se me volvió a arrimar.

Ella se acercó a mí, y con dulce paciencia me ayudó a vestirme, a levantarme y a secarme las lágrimas. Me tomó de la mano y caminamos en silencio, pero transmitiéndonos secretos de brujas. Lo último que vi de ella fue su mirada llena de dolor y furia por todas las injusticias que ella como una y todas habían sufrido. Entendí que era tan fuerte que había decidido llevar esa pesada carga por nosotras y entendí cuál era mi deber. Y desde ese día sé que no ocupo a ningún hombre que me salvé, que yo tengo a mi propia Diosa salvadora: mi Llorona.



Se lo llevó el río

Pablo Delgado

Usted me puede ayudar, usted me puede sacar de aquí, ¿verdad que sí? Es que estos señores no quieren que me vaya y a mí me urge irme, yo tengo que irme; si no me voy, se van a preocupar. Y es que yo no tengo que estar aquí, porque yo no estoy loca, no, no lo estoy. Lo que pasa es que esa mujer llegó diciendo que le robó el chiquito, cuando fue ella la que me lo robó a mí. ¡Diay! Como una es pobre, siempre se aprovechan, pero yo me tengo que ir, tengo que ir a buscar a mi chiquito, porque se debe de estar muriendo de frío, pobrecito, debe de estar llore que llore, porque esa vieja se ve que debe de ser bien mala y seguro que lo deja morir de hambre solo para joderla a una. Y es que ella no sabe lo que yo he sufrido por mi chiquito; cuando una es madre, una sabe cuánto sufren, como mi mamá: pobrecita mi mamá, todos le salimos malos, decía ella, porque una bruja le echó un mal de ojo. Yo nunca le creí ese cuento, pero que le salimos malos, eso es cierto. Hasta Antonio, que se hizo padre, usted sabe que Antonio se volvió padre. Cómo sufrió mi mamá por lo que le hicieron a ese güevón, más porque se lo había ofrecido como sacerdote a la Virgencita, porque se le había muerto el primero. Diay, es que mi mamá estaba muy güila cuando lo tuvo; imagínese que cuando mi tata se la robó, tenía solo trece años, y ella en aquel lugar, sin nadie que le enseñara a cuidarlo; solo le duró dos semanas y es que ni los consejos que le dio la partera le sirvieron. Lo enterraron cerca de la casa. Aún está allí la cruz que le hizo mi tata. Por eso, cuando se dio cuenta de que estaba otra vez panzona, de una vez se lo prometió a la Virgencita. Yo estoy segura de que si hubiera sabido cómo iba a terminar, hubiera preferido que se le hubiera muerto. Bueno, en parte no fue culpa suya, fue de esas viejas malas, que siempre estaban encima de él, y es que él siempre fue muy guapo, todos sabían que esas mujeres lo seguían, aunque estuviese metido en el Seminario. Yo creo que fue por eso

que terminó hartándose de ellas y matando a una. Bueno, eso es lo que dijeron. La cuestión es que cuando a mi mamá le llegaron con la noticia de que lo había agarrado la ley y que lo iban a matar por eso, ya no volvió a ser la misma.

Pobrecita mi mamá; cuando pensábamos que se le había pasado lo de Antonio, mi hermana le da el disgusto. Esa fue siempre muy alborotada, desde antes de que se le crecieran los pechos ya andaba arrimada a los hombres. Una vez dijo que fue tío Bernardo el que le enseñó. Quién sabe si eso era cierto, a mí me late que lo hizo para que mi tata se peleara con él, solo porque no le quiso regalar la yegua. Ella siempre ha sido bien rencorosa, todavía no me perdona que yo fui la que le acuse. ¡Quién la tiene de cochina! Me la encontré detrás de la galera con uno de sus novios. Salí corriendo y de una vez le conté a mi mamá. Claro, cuando llegó la otra, mi mamá la agarró y le dio un manotazo que le quedó la mano pintada en el cachete y de una vez la echó a la calle, sin darle tiempo sacar nada. Dijo que si le gustaba esa vida, que se fuera a andar al camino, a ver cuál de esos viejos se la llevaba. A veces la veo por ahí pidiendo que la lleven. Desde ese instante, mamá me comenzó a cuidar más para que no me pervirtieran los hombres, como a Fernanda. Me decía que tuviera mucho cuidado porque los viejos prometen cielo y tierra, y al final no dan nada, que la viera a ella, que mi tata le dio su palabra de que vivirían en una casona y que nunca tendría que trabajar... Tanta hablada y lo más que le dio fue el ranchito donde vivíamos.

¿Sabe? Después de lo de Fernanda, a mi tata le comenzó a ir bien con la tierra, vino una buena cosecha del café. Se lo comenzó a vender a la cooperativa, pero como él no entendía nada de eso y mi hermanillo Joaquín por lo menos había llegado a cuarto de escuela, lo mandaba a dejar toda la cosecha y que llevara las cuentas. Era duro porque mi tata no tenía más que ese terrenito que le había dejado mi abuelo, no tenía cómo pagarles a peones, así que teníamos que ir mi mamá y yo a ayudarlo a coger café y cuando faltaba como una hora para el medio día, nos jalábamos mi mamá y yo para preparar el almuerzo. El que menos trabajaba era mi hermano;

se iba bien temprano dízque a la cooperativa a resolver unos asuntos de plata porque según él estaba haciendo un ahorro para que nos pudiéramos comprar una mejor casa. No se imagina el colorón que se llevó mi tata cuando se dio cuenta de que ese cabrón se estaba gastando la plata en puro guaro y mujeres. Uno quebrándose la espalda para que ese infeliz se estuviera dando la gran vida. En esa ocasión fue mi tata el que esperó a uno de sus hijos en la puerta; cuando Joaquín llegó a la casa, le dieron una golpiza que casi pasa al otro mundo; después lo echaron. Allí salió del rancho, arrastrándose; mi tata no se quedó con las ganas y le dijo que se fuera a recorrer el mundo en cuatro patas como el miserable que era. Él nunca volvió.

Al final, la única que quedó fui yo, la chita, la más buena de todos, me decía mi mamá. Ella pensaba que yo me iba casar con un muchacho bueno y le iba a dar un montón de nietos. Yo también lo creía, pero mirá qué vida, si será impredecible y el Diablo será cochino, que terminé haciendo lo contrario de lo que mi mamá me advirtió. Pero no fue solo culpa mía, ¡ah, no! Tanta culpa tiene Óscar por endulzarme el oído. Es que no ve que para ese entonces a mi tata le dio una gripe feísima que lo mandó para la cama y, claro, tuve que ir a pedir trabajo a la casa de don Santiago, un señor de mucha plata (creo que era español o algo así). Por suerte, doña Estela, que era vecina de nosotros, trabajaba en la cocina y allí me pudo meter como ayudante. En ese lugar fue que conocí a Óscar, que trabajaba como peón en la finca del patrón. Qué suerte la de una que, el día que comienzo a trabajar, a él que lo mandan a traer unas cosas a la casa y adivine a quién mandaron a ver por qué tocaban la puerta del patio. Yo ni le puse atención, era solo uno más que trabajaba allí, pero él no me quitaba los ojos de encima por nada del mundo, tanto así que casi se le cae el mandado por estarme viendo. Cuando se fue, todas las muchachas de la cocina me empezaron a chotear, pero yo ni les puse cuidado, me hice la sorda. De por sí que ni me parecía lindo para que me preocupara.

Desde ese día, no sé cómo, ese condenado encontró la manera para ir a hacer algún mandado a la casa; que si no era que ocupaban

clavos, era un martillo, o venir a llevarle los lentes a don Santiago, que los había dejado olvidados. No se cómo hacía, pero siempre llegaba cuando nosotras estábamos descansando. Yo al principio ni le ponía atención, porque me acordaba de lo que me había dicho mi mamá. Le dije a usted lo que me había advertido mi mamá, ¿verdad que sí? ¡Bueno! La cuestión fue que me empezó a echar el cuento y a traerme regalitos: que una florcita, que un tamalito, que una hoja cortada en forma de corazón. Una no es de piedra y le gusta que la traten bien, más cuando le ha ido tan tallado. Así que después de mucho que me insistió que fuéramos novios, le dije que sí, pero con la condición de que mis tatas no se dieran cuenta, porque me molían a palos. Después de un tiempo de andar juntos, se le metió la cosa de que quería casarse o que por lo menos nos juntáramos. Me decía que el patrón lo estimaba mucho y que no tardaría mucho para que lo nombrara mandamás en la finca. Yo a eso sí le dije de una vez que no; mi mamá me tenía muy asustada como para que yo fuera a hacer una tontera. Pero como ya le dije, el Diablo es bien cochino y mi tata, que después de recuperarse de la gripe fea continuó trabajando en el campo, un día no llegó a almorzar a la casa; mi mamá se extrañó y lo fue a buscar para ver qué le había pasado. Se lo fue encontrando tirado en el suelo, al lado del camino; estaba todo pálido y tenía en el brazo una marca como si lo hubiera mordido una culebra de esas de las malas. Pobrecita mi mamá, lo tuvo que dejar allí e irse corriendo donde don Marcelo, el esposo de doña Estela, para que la ayudara, pero aunque lo llevaron al hospital, no se pudo hacer nada; murió esa noche. Es cierto eso que dicen, que la desgracia raramente viene sola, porque mi mamá no soportó mucho tiempo estar sin él, porque como decía ella: podía ser necio y repugnante, pero era su viejo. Después de tres meses, se murió de amor. Por dicha que me ayudaron y pude enterrarla al lado de mi tata, como ella quería. Ay, me perdona que se me salgan las lágrimas, pero usted entenderá; esas son cosas que cuando una se acuerda, se le mete una estaca en el corazón. Bueno, la cuestión fue que cuando me vi que estaba sola en este mundo, le dije que sí a Óscar y un 23 de marzo nos casamos. Nos fuimos a

vivir a la casa de mis tatas porque Óscar no tenía casa, vivía con su mamá y sus hermanos, que ya estaban casados, así que ya no había espacio para nosotros.

Al principio todo era muy bonito, ya sabe usted, todo un puro amor, así que no tardé mucho para quedar panzona. Viera qué lindo cuando nació Miguelito, le puse así por el arcángel Miguel. Ese niño es un clis de sol, con esos cabellos dorados. A Oscar no le hizo nada de gracias que tuviéramos un chiquillo tan lindo, le dije que esos cabellos era herencia de mi abuela, pero creo que no me creía y no lo volvía ni a ver, para peor mi pobre chiquito sufría de unos cólicos que lo ponían a llorar hasta que se esmorecía. Yo le hacía de todo lo que me recomendaban, pero no, nada funcionaba. Cuando el chiquito se ponía a llorar, Óscar se ponía como una miura y se iba con una colchoneta a dormir en la galera. Vieras qué tirada, porque ese hombre cambió de una manera que me dejó asustada. Incluso comenzó a llegar tarde y borracho, cosa que antes jamás hacía. Siempre iba del trabajo a la casa y de la casa al trabajo. Yo no le volví a poner cuidado, tenía a mi Miguelito y eso era lo único que me importaba.

Una noche entró a la casa haciendo un escándalo. No me va despertando al güila, viera qué colerón que me dio, no me guardé nada y comencé a reclamarle, que era un vago y que dónde estaba la casa que me había prometido cuando éramos novios. En ese momento fue como que si se le metiera el demonio porque me dio una bofetada tan fuerte que hasta que me sacó sangre y me hizo tirada en el suelo. Me advirtió que me debía callar porque si no me partía en dos con el machete y que si no callaba a Miguelito me lo mataba. Se lo juro, en ese momento le vi que tenía llamas en los ojos. Me metí en el cuarto y cerré la puerta. Él empezó a golpearla tan fuerte que estaba segura de que en cualquier momento la iba a despedazar, así que tomé a mi hijo y me salí por la ventana. Estaba lloviendo como si fuera el diluvio y Miguelito no paraba de llorar, pero no me podía detener, podía oír como Óscar me seguía maldiciendo. Me metí al monte sin saber bien para dónde iba. Cuando me di cuenta, había llegado a la orilla del río,

que estaba crecido. Al ver que Óscar se asomó por el montazal con el machete en la mano y que no tenía a dónde coger, me tiré al agua. La corriente estaba fuerte y me llegaba hasta el vientre. Sentía que en cualquier momento iba a resbalarme y que me iba a revolcar el agua. Cuando iba ya casi llegando a la orilla y pensé que lo iba a lograr, escuché ese fuerte ruido: era como si viniera un camión a gran velocidad. No vi nada, solo sentí el golpe y cuando me di cuenta estaba bajo el agua.

Cuando salí a la superficie, me di cuenta de que Miguelito ya no estaba. Lo busqué por todos lados, pero no lo encontré. Estaba a punto de darme por vencida cuando lo escuché. Me arrimé a una casa que estaba cerca de la orilla del río y escuché a mi chiquito llorando. Me asomé por la ventana y allí estaba, lo tenía una mujer, seguramente se lo había encontrado y se lo quería robar. Así que cuando ella se fue, yo me metí por la ventana y me lo llevé. Me puse toda contenta, tenía a mi tesoro, pero no pasó mucho tiempo para que el río se lo volviera a llevar y otra vez me lo encontré metido en otra casa.

Así he andado yo de un lado a otro buscando a mi chiquito, hasta ahora que esta mala mujer se lo robó y mandó a que me metieran aquí diciendo que yo estaba loca. ¿Ve? Por eso usted me tiene que ayudar a salir de aquí porque yo no estoy loca, solo soy una mujer muy sufrida, como mis hermanos, y me tengo que ir, porque tengo que ir a buscar a mi chiquito.

Pobrecito, debe de estar extrañándose...

¿Oye? ¿Oye esos ladridos? Ese debe de ser mi hermano Joaquín, que debe de estar extrañado de no verme.

DAD MODERNA

Los ojos de Lucrezia

José Luis Pérez Ramírez

Languidecía la tarde y la muchedumbre en la Piazza del Duomo seguía viendo a la joven que bailaba sin descanso haciendo ondular su vestido rojo, su pelo negro, sus senos que parecían fugarse. El pintor, que horas antes había preparado la tabla y los pinceles para pintar la parte posterior del Baptisterio y una parte de la Catedral de Santa Maria dei Fiori, incluyendo la cúpula que asomaba su cabeza terracota entre el campanario de Giotto, y que ya había hecho los trazos de perspectiva con dos puntos de salida, dejando de lado sus enseres, exaltado, se entregó de lleno al ambiente voluptuoso creado por la bailarina. «Baila, Lucrezia», ovacionaba la concurrencia lanzando flores, gorros, guantes, monedas, anillos. En eso, los ojos alegres de la mujer se posaron en el semblante reprimido y tenso de un muchacho que parecía que se disponía a huir del lugar. «Ah, qué hermoso eres, ven baila conmigo, deja descansar por un momento tus libros, colócalos en el piso que no se van a perder, no creo que haya gente interesada en ellos. Olvídate por un momento de esos laberintos, de sus fórmulas, de sus palabras extrañas. ¡Mira cómo los hago volar! Las letras están ahí mismo, no se escaparon. Baila conmigo, chico tierno con boina roja y cabellera larga..., pero estás traspirando y tu mandíbula suena como mis castañuelas. Ven, ven conmigo, afloja tus brazos, camina, sigue mi ritmo, dobla las rodillas, observa mi vientre. Eso es, sigue así, no hagas caso a las risotadas de la gente, déjalos que se rían, lo importante es que tú bailes, sí, eso es, baila, baila. No importa que digan que no tienes gracia, que pareces hecho de madera, que no tienes oídos... ¿Quieres sentir la fragancia de mis senos?». Y el pintor vio que aquel joven, que era privilegiado en el arte de las ciencias, recogió del suelo sus libros y, perturbado, se perdió en el gentío.

Los pasos del caballo se asemejaban al tañido de las campanas de la catedral, el vaho que se desprendía de su nariz por algún

rato ocultó la figura del jinete, el fuego de su barba contrastaba con las crines blancas del corcel, largas y onduladas, los guantes y las botas relucían como el oro. Ostentando su musculatura el animal, con pasos marciales, obedeciendo a su amo, dio una vuelta alrededor de la bailarina que clavó la mirada en los adoquines presintiendo algo anormal, moviéndose ahora con lentitud. Parecía que iba a volar cuando se paró sobre sus patas traseras, cuando relinchó espantando los compases de los flautistas y tambores. «Cesare Borgia», murmuró la multitud. «Cesare Borgia». Y la fuerza fuerte de su brazo levantó a Lucrezia depositándola entre su cuerpo y el cuello del caballo, bestia que a todo galope se alejó de la plaza, de la ciudad. Lloraba la noche porque el artista también lloraba y se quedó varios días y noches esperando que apareciera la bailarina, porque se había enamorado de su danza y le había atrapado la obsesión de retratarla. Había trazado las primeras pinceladas sobre la tabla de álamo; la arcilla blanca, los huesos molidos, el pincel con el óleo y el sfumato para dar profundidad a las sombras de la cara se habían posado en el álamo, pero para el artista el trabajo no estaba concluido, faltaba la profundidad de los ojos. «Es necesario que los vea».

Había envejecido cuando el caballo, después de ocho días, la dejó tendida con su vestido rojo en el centro de la plaza. «El ángel de las tinieblas cubierto con hábito de cardenal, el futuro condottiero del papa, se comió el alma de la

pecaminosa, alma contaminada que intoxicará el vientre del lujurioso.

Y tú, profanador de ideas, escritor del diablo, consentido de los poderosos, a aquel vil le llamarás príncipe y le dirás cómo gobernar el mundo con las mandíbulas de un leviatán y la magia de un demiurgo. Y tú, zalamero de tus amos, tendrás la osadía de esfumar el rostro del jinete perverso en el cuerpo divino del Salvador del Mundo, pintor obsceno, futuro habitante de las llamas», dijo el fraile que bajaba de la iglesia de San Marco, Girolamo Savonarola. La recogieron los flautistas y después de unos días estaba de nuevo en el centro de la plaza, pero se negaba a bailar porque se sentía

—por los rumores— arrugada, sin gracia ni sonrisa. «No escuches al gentío, solo mírate en este espejo y verás lo que quieres ser: la hermosa bailarina de hace un mes». Con mango plateado e incrustaciones imitadoras de rubíes, igual que el borde del cristal ovalado, el espejo le devolvió la sonrisa blanca y el brillo de sus ojos. «Estoy como antes, sigo siendo bella». Pero el artista, desesperado, buscaba infructuosamente los ojos, no los hallaba y esperaba que la danza los devolviera.

La multitud corría hacia la Piazza della Signoria. «Queremos escuchar al profeta, al líder de la renovación espiritual y purificación moral, al ministro de Dios en la tierra; él nos mostrará el camino para expulsar la vanagloria, la magnificencia, lo indecente». Corría el maestro detrás de la bailarina sin soltar sus tablas y pinceles. En la plaza estaba el predicador dominico, en el centro de la plaza, sobre unos tablones que lo colocaban por encima de la multitud, con túnica blanca, capa y capucha negras, flanqueado por otros dos frailes, hablaba con las manos mostrando el cielo y la tierra. Pensaba el pintor que iba cayendo la noche y que ese día no iba a poder ver los luceros anhelados; entonces escuchó decir al fraile que los días de la humanidad sobre la tierra se agotaban, que se había encendido la ira del Creador porque los hombres habían liberado sus pasiones y el mayor de sus defectos, el más pernicioso que destruiría el mundo: la vanidad, que era el estímulo para malograr el paraíso que Él nos había entregado en custodia, descubriendo los secretos de su marcha; la vanidad que encendía el deseo de superar a Dios, de ser grande, de volar, de estar en todas partes, de construir las torres más altas, los duomos imponentes; la vanidad que despertaba el lujo, la opulencia, el vicio, la depravación.

El fuego se levantaba danzando ferozmente, lanzando al espacio demonios de diversos colores y crecía cada vez más porque la gente lo alimentaba con los objetos vinculados a la vanidad. Era la Hoguera de las Vanidades. El monje, con un crucifijo y un rosario de quince estaciones en la cintura, avivaba las llamas con el movimiento de sus manos. «Quema tus libros profanadores de la naturaleza, promotores del apocalipsis, quema tus artes que distraen la

adoración del Señor, tus maquillajes y adornos ostentosos que alimentan el espíritu hipócrita. Sí, quema tus pasiones por lo extraordinario, así hallarás el cristianismo puro, austero y penitente». El pintor no quería perder de vista a Lucrezia que se confundía con la multitud, que se movía con los movimientos del predicador; las liras ardían, las flautas ardían y pensaba que la mujer ya no bailarían. Ella, tan enardecida como el gentío, se vio por última vez en su espejo y luego lo lanzó al fuego.

En el Ponte Vecchio, observaba el artista las aguas del Arno que, arremolinadas, se habían llevado a la bailarina; ella eligió la profundidad del río ante la ausencia de su hermoso rostro reflejado en el espejo, y él se quedó con el retrato sin ojos.

 DAD MEDIA

Los últimos minutos de Bérenger de Lacroisille

Daniel Frini

Fray Bérenguer de Lacroisille ha sido torturado. Hoy es sábado, el día once antes de las calendas de noviembre del año de Gracia del Señor de 1307.

Hasta hace diez días, Bérenger era Turcoplier de los Pauperes Commilitones Christi Templique Solomonici, la Orden de los Caballeros Templarios; sin embargo, ahora no es más que un preso en las manos de los verdugos que dirige Guillaume Imbert, Inquisidor General de la Fe en Francia y confesor de Felipe IV, el Hermoso.

Fray Bérenger ha sido sometido al strappardo; le ataron dos grandes campanillas de bronce a sus testículos, a modo de burla; y también pasó por la squassation, con lo que le han dislocado hombros y brazos, y quebrado las piernas en varias partes. Ha sido fustigado y le han arrancado tiras de piel y carne con garras de gato. Le han sacado las uñas de los dedos y en su lugar han colocado clavos candentes; y le han quemado las plantas de los pies con planchas de metal al rojo.

Fray Bérenger ya se reconoció sacrílego, hereje, apóstata, idólatra, sodomita y simoníaco. Ha declarado que él y sus hermanos del Temple escupieron sobre la Santa Cruz, renegaron e insultaron a Cristo, rindieron culto a dioses paganos, veneraron a vírgenes negras, adoraron al Bafometo y practicaron ritos obscenos, incluso el Osculum Infame.

Fray Bérenger no sabe de las intenciones del rey Felipe, de su canciller Nogaret y de su chambelán Portier de Marigny, ni de la indecisión del Papa Clemente V.

Está solo y desnudo en una celda sin, siquiera, el confort de un poco de paja sobre la fría piedra del piso. Desconoce que su Gran Maestre Jacques de Molay ha caído, también, en desgracia y está prisionero a unos cuantos pasos de él.

Supone, sí, que no es el único cautivo. Cree haber escuchado a los verdugos cuando nombraban a sus amigos Fray Robert de Plessiez y Fray Reinald de Milly; y entre idas y venidas de los continuos desmayos, le parece haber escuchado las súplicas de su Senescal, André de Périgord, que venían desde una celda no muy lejana.

Sin embargo, el dolor que siente en algún lugar de su pecho es infinitamente más fuerte que aquel que le provoca la tortura. Fray Bérenger respondió afirmativamente a todas y cada una de las aseveraciones de sus inquisidores; no por temor al tormento, sino como resguardo para no delatar a la única persona que le importa: Cécile de Monssac.

Dijo sí cuando le preguntaron si era verdad que él y sus hermanos participaron en orgías en las que no había mujeres, mientras pensaba en los destellos de los hermosos y grandes ojos negros de Cécile.

Dijo sí cuando le preguntaron si era verdad que él y sus hermanos reverenciaban al demonio encarnado en un gato, mientras recordaba una radiante y franca sonrisa dorada.

Dijo sí cuando le preguntaron si era verdad que él y sus hermanos quemaban niños y bebían sus cenizas mezcladas con vino consagrado, durante la celebración de la Santa Misa, mientras evocaba unas trenzas azabache, que brillaban como el ébano de Santa Helena a la luz del sol.

Dijo sí cuando le preguntaron si era verdad que él y sus hermanos afirmaban que Cristo había sido un falso profeta, y que no había padecido en la cruz para la redención del género humano, mientras rememoraba la tersura de una piel blanquísima y el rubor del decoro de su amada.

Pero Fray Bérenger de Lacroisille jamás vio a Cécil de Monssac. Ni siquiera sabe si existe. Hace más de diez años, en uno de sus tantos viajes por el Rousillon, oyó la cansó que trovaba Amanieu de Sescars, y se extasió ante aquella declaración de amor que imaginó suya:

*La belleza y el bien que hay en mi dama
me tienen gentilmente atado y preso.*

Y Bérenger imagina que no es la Inquisición quien lo tortura. Sueña que es Cécil quien maneja la fusta o arranca sus uñas, y delira que ella le canta, aunque las palabras sólo suenan en su mente afiebrada.

*No está curada la llaga que me hiciste, amor,
cuando me heriste con tu cruel espada.*

No le importa el Temple, ni su Maestre, ni su Senescal, ni sus compañeros. Está dispuesto a firmar cualquier confesión, y hasta renegar de la gracia del perdón ofrecido por los dominicos, si se lo ofrendasen. Está dispuesto, incluso, a inventar cuanta maldad le insinúen y ponerla en boca hasta del mismísimo Papa, si se lo ordenasen.

No sabe por qué, pero espera de manera ardiente la sesión de tortura venidera en la que le arranquen la lengua con tenazas para asegurarse de que ni en el delirio de la fiebre que lo abrasa va a nombrarla.

*Yo ardo sin ser quemado
en vivas llamas de amor.*

Fray Bérenger soporta todo sin desmayarse porque teme pronunciar su nombre y que sus jueces se interesen en ella, y la busquen. Le espanta la idea de que Cécil exista, y los verdugos de la inquisición la encuentren y la sometan al espanto por el puro placer de apagar su hermosura.

La sacra misión del obispo Fleming

Luis Antonio Beauxis Cónsul

El Obispo Fleming se secó el sudor de la frente con un pañuelo de batista. Decididamente, las vestiduras eclesiásticas eran harto calurosas, pero, pensó, sentiría aún más calor cuando estuviera haciendo lo que había venido a hacer. Esbozó una distraída sonrisa.

—¿Os encontráis bien, Monseñor? preguntó el clérigo que sostenía el cabestro de la acémila en que iba montado el ilustre personaje, al observar la actitud abstraída de éste.

—Perded cuidado, hermano. Todo está bien. Sólo pensaba en lo que haremos al llegar a Lutterworth.

—También yo he pensado en eso, Monseñor. He tratado de apartarlo de mi mente pero, desde que salimos de Oxford, no he hecho otra cosa que darle vueltas, una y otra vez.

—¿Qué decís, hermano? ¿Por qué no habría que pensar en ello? ¿Por el contrario! Yo me regocijo, sanamente ¡líbrame el Señor de caer en pecado de orgullo! Pensando en que el propio Papa nos ha hecho este sagrado encargo.

—Monseñor, sé que una tarea encomendada por el Santo Padre os honra a vos y a los que os acompañamos pero, no sé si éste es el caso.

—¿Cómo? ¿Acaso sentís piedad de un hereje? —inquirió el Obispo, poniéndose en guardia.

—No he dicho tal cosa, Monseñor —respondió el otro religioso, humildemente — Pero, ¿no es Dios el más adecuado para imponer su castigo a los que le han faltado? Sobre todo, en estas circunstancias.

—¿Pretendéis que su herejía quede impune aquí en la Tierra, para que otros sientan tentación de imitarle? —dijo Monseñor Fleming, rojo por la ira.

—Si he de ser franco, Monseñor, no sé cuál de las dos alternativas es peor: si la que acabáis de mencionar o la profanación que vamos a cometer.

—¡Sacrílego! —rugió el Obispo, amenazándolo con su báculo.

El sol caía a plomo sobre la polvorienta senda; otro de los clérigos del séquito se adelantó hacia el Obispo y abrió una sombrilla; Monseñor Fleming le agradeció con una mirada. Aquella pequeña pausa lo aplacó un poco y volvió a entablar diálogo con quien tanto lo había irritado.

—Y bien, Abogado del Diablo —dijo, queriendo aparentar una jovialidad que distaba mucho de sentir —¿sabéis las cosas que ha hecho vuestro defendido?

—Monseñor, si no me han informado mal, una de ellas ha sido traducir la Santa Biblia al inglés. No creo que sea malo el que la Palabra llegue al pueblo, que ignora el latín.

—¿Para qué ha de leer la masa las Sagradas Escrituras? ¿Para hacer blasfemias interpretaciones? —espetó Monseñor Fleming, comenzando a violentarse nuevamente—. ¿No basta con nuestros sermones? ¿O acaso vos también predicáis que hemos usurpado nuestras prerrogativas y que no nos fueron legadas por el Salvador?

—No, Monseñor, pero yo... —intentó balbucear el sacerdote.

—¡Ha negado la Transubstanciación! —le interrumpió el Obispo, poniéndose lívido—. ¿Comprendéis lo que eso significa? Ha predicado que el pan y el vino son la carne y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo sólo espiritual, no materialmente. ¡Ha atentado contra el Milagro de la Eucaristía! Que unos checos ignorantes lo hayan hecho, suscita más mi misericordia; pero que aquí: en Inglaterra, se atente contra el catolicismo me resulta inconcebible.

—Me permito recordaros, Monseñor, que los hussitas a que os referís, no han hallado misericordia, sino que se intenta exterminarlos, como se hizo con su jefe; al que se traicionó de forma por demás vergonzosa.

—¿También hacéis causa común con ese Jan Huss?

—No, Monseñor; simplemente cuestiono que se le haya atraído con argucias a una trampa. No ignoráis que se le prometió un

salvoconducto que jamás le fue concedido y que no pudo abandonar Constanza sino en forma de cenizas esparcidas sobre el Rin.

—¿No os satisface tampoco el Concilio Ecuménico?

—Ningún Papa convocó al Concilio de Constanza, fue el Emperador Segismundo...

—¡El Concilio declaró haber recibido su autoridad del propio Jesucristo! Las venas del cuello del Obispo parecían a punto de estallar.

—Sus decisiones jamás fueron legitimadas, salvo dos —dijo aún su interlocutor.

—¡Exacto! Porque allí finalizó el Cisma y Su Santidad Martín V ratificó las referentes a Jan Huss y a nuestro hombre. Bien, hermano, ahora callad. Comenzaréis vuestra penitencia por lo que habéis dicho haciendo voto de silencio desde este preciso instante —dijo Monseñor Fleming, dando por finalizada la conversación, y añadió con tono poco tranquilizador—. Y, creedme, cuando regresemos a Oxford, ya pensaré en algo más.

La comitiva prosiguió en silencio hasta llegar a Lutterworth; recorrieron las callejuelas, precedidos por el pregonero del pueblo que anunciaba su misión. Algunos de los habitantes los siguieron, pero la gran mayoría permaneció en sus casas: habían recibido, ellos o alguno de sus familiares, los Sacramentos impartidos por el condenado y no querían presenciar aquello.

Finalmente, el Obispo Fleming y los suyos llegaron frente a la Parroquia. Junto a ella estaba la casa parroquial; detrás de ambas, el Cementerio.

La sacra misión del Obispo Fleming fue cumplida: John Wycliffe fue quemado en la hoguera o, por lo menos, lo que de él había quedado, luego de estar muerto y enterrado durante cuarenta y cuatro largos años.

Der rattenfänger

Daniel Frini

En junio de mil doscientos ochenta y cuatro, Hameln estaba infestada de ratas.

Los buenos hombres de la ciudad no encontraban forma de librarse de ellas, aún después de haber recurrido a los más afa-
mados alquimistas de la comarca. Cierta día, se hizo presente un
músico extraordinario pero misterioso, que decía venir de la vecina
Hadessen. Prometió librarlos de la plaga a cambio de un fabuloso
estipendio. Desesperados, los habitantes aceptaron. El Virtuoso
estaba acompañado por un séquito de diez sirvientes y pajes, que
montaron su enorme órgano tubular y lo dispusieron en la Plaza
Mayor, cinco chantrés, cuarenta integrantes del coro; y, claro está,
seis diáconos y un deán.

El Músico se sentó al frente del instrumento y durante dos días,
de continuo, entonaron motettos, discantos, conductos, gymels,
faux-bordones, duplos y triplos, rondellós, hoquetos, responsorios,
canons, ave verum corpus, imitaciones y fugas, tropos y secuencias.
Costó mucho, pero al final de la segunda jornada, la plaga había
dejado Hameln rumbo al río Wesser.

El Cazador de ratas exigió el pago, pero los habitantes de
Hameln no pudieron reunir la fortuna acordada. Con parsimo-
nia, el músico ordenó a su cohorte que se alistasen nuevamente.
Otra vez se sentó frente a su órgano, suspiró y descargó sus manos
sobre las teclas. El tritono prohibido “Mi contra Fa”, el diabolus
in música, atronó el aire. Chantrés, coro, diáconos y dean se tras-
vistieron en trovés y juglares cazurros, ministriles, goliardos, min-
neängers, saltimbanquis, equilibristas, meretrices y bailarinas. De
sus viejas carretas sacaron sus instrumentos: rabés, fídulas, corna-
musas, zanfoñas, arpas, cémbalos, laúdes, cornetas, chirimías, saca-
buches, añafles, trombettas, flautas de pico, alboques, traveseras,
bombardas, dulzainas, caramillos, cromornos, bajones, darbukas,

tamboretas, panderos, carrillones, olifantes, buccinas, crócalos, vihuelas, orlos, cornettos y pífanos; la mayoría de ellos, instrumentos censurados por la Santa Madre Iglesia.

Durante otros cinco días entonaron baladas madrigales, virelays, frottolas —villanellas, villottas, strambottos y barzelletas— y caccias, cançós, sirventés, laudas, cántigas y canciones del alba, lays, canciones de mal casada y canciones del trabajo, pastorellas, estampíes, tençós y hasta jarchas y moaxacas. Bailaron basse danse, salterello, danse macabre, branle y tresque, carolas, y tantas otras danzas prohibidas desde las olvidadas bacanales del pasado. Bebieron vino, cerveza, hipocrás, claré, hidromiel, sidra y perada expropiados de las casas de la ciudad. Se emborracharon hasta caer y escandalizaron a todos con sus gritos, sus obscenidades y exhibiciones orgiásticas.

Al fin de la séptima jornada, cansados de tanto vicio y vulgaridad, alarmados por tanta ostentación demoníaca, los buenos vecinos de Hameln se sentron a negociar con los varegos del rey noruego Magnus el sexto; y les vendieron, como esclavos, ciento treinta de sus niños.

Cuando le hubieron pagado, el Músico ordenó a los suyos que desmontasen el gran órgano, guardasen los instrumentos y se preparasen para partir.

Dejaron la ciudad de Hameln el veintiséis de junio, día de los santos Juan y Pablo.

Acamparon en Emmerthal, después de un día de marcha. Dos de los sirvientes del Músico se adelantaron, con una gran carreta, hasta Ottenstein y se detuvieron a unas trescientas yardas de distancia de las puertas de la ciudad. Allí liberaron el cargamento de ratas.

En julio de mil doscientos ochenta y cuatro, Ottenstein estaba infestada y los buenos hombres de la ciudad no encontraban forma de librarse de los roedores. Cierta día se hizo presente un músico extraordinario, pero misterioso, que decía venir de la vecina Hameln. Prometió librarlos de la plaga a cambio de un fabuloso estipendio.

Twister

Daniel Frini

Mil años hace que la cruz de ocho brazos y el águila bicéfala decoran el arquitrabe de la Puerta Xylokerkos; y en este día, el segundo antes de los idus de abril del año santo de mil doscientos cuatro, vigilan a las tropas de Enrico Dandolo, Dux de Venecia, que están estacionadas sobre la llanura que rodea la via Egnatia y se relamen imaginando el inminente saqueo de la Ciudad que es Morada de Todo lo Bueno, Ojo de Todos los Pueblos, Guardiana de las Iglesias, Líder de la Fe, Guía de la Ortodoxia, Querida en las Oraciones y Maravilla ajena a este Mundo.

La Cuarta Cruzada está a las puertas de Constantinopla.

Dentro de las murallas, en el nártex de la iglesia del Venerable Monasterio de Andreou en te Krisei, y a tan corta distancia de los invasores que la hediondez de las hordas latinas apesta el aire, están Zaoutzes Petraliphas, presviteros y parakoimomenos del Emperador y Vatatzes Isaakios, archiepiscopos y koubikoularios de Su Santidad; ambos rojos de ira, disputando un capítulo más de la larguísima batalla dialéctica, sin poder ni querer dar respuesta a un dilema mayúsculo.

¿Cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler?

Arriba, los integrantes de la Corte Celestial, obligados por el texto de Mateo, se ligan o desligan según los designios de los dos Hombres Santos que, allá abajo, intercambian improprios que duelen más que puñaladas.

—¡Tal vez fueran necesarios tantos ángeles como granos de arena hay en las playas de todos los mares, mi estimado hermano, de una gran perra! —dice Zaoutzes y cien mil millones de ángeles —que es una manera de decir innumerables— se apiñan, sudorosos, en la bruñida superficie metálica.

—¡La cantidad de estrellas que Nuestro Dios puso en el cielo es mil veces menor que el número posible, dilecto amigo, hijo de

un burro y una rata! —y un millón de millones de ángeles —que es una manera de decir incontables— se contorsionan, adoloridos.

—Ya me cansé de tantos calambres —dice, en un hilo de voz, Gabriel Arcángel, Mensajero de Dios, Guardián del Edén, Señor de la Misericordia, la Muerte y la Venganza—. Esto no da para más. Como puede, saca su mano derecha de entre un impresionante manojito de cuerpos descalabrados, agita su dedo índice y le ordena a Balduino de Flandes, comandante de los cruzados:

—¡Ataquen!

Abajo, las hordas de occidente se lanzan contra las murallas y las superan.

Constantinopla cae.

Una hora después, Zaoutzes y Vatatzes mueren atravesados por sendas espadas, sin haberse percatado de nada. La discusión termina.

Arriba, un suspiro de alivio recorre la multitud de la Corte Celestial. De a poco, el Gran Nudo se desarma y cada uno de los ángeles —golpeados, amoratados, rotas las alas— dejan la cabeza del alfiler y se dirigen, estirándose, a cumplir con sus tareas.

—¡Uf!

—Ya era hora...

—Otro siglo así, y me quedo sin espalda.

—¡Ay!

Uno estira los brazos, otro se sacude.

En la superficie brillante, quedan algunas manchas de sangre y muchas plumas de todos colores. Justo en el centro, unos quinientos o mil ángeles —que también es una manera de decir infinito— permanecen envueltos en un revoltijo.

Tardarán una eternidad en desanudarse.

El rey leproso

Leopoldo Orozco

El día ya se había terminado cuando me fue posible la entrada en los aposentos del Rey Leproso. Al percatarse de la forma de mi nariz y la tonalidad de mi piel, los guardias auscultaron mi túnica en busca de cuchillos o pócimas letales, pensando que tal vez podría ser un enviado del rey sarraceno. A pesar de mi salvoconducto y mis buenas intenciones, fui despojado de mi pluma de oro y mi cartapacio lleno de folios en blanco: ahora sólo me quedan las memorias de este encuentro fugaz.

El rey estaba exhausto. Habían terminado de vendarlo y de cubrirlo de medicamentos. Yacía, como una pluma recién caída, sobre una almohada de finísimos contornos. El aire tenía un ligero olor a podredumbre enmascarado por los más bellos y penetrantes perfumes. A través del mosquitero pude ver un rostro deforme y santo, unos ojos profundos que no me veían. *Dime lo que buscas, viajero.*

Le pedí que me hablara de la guerra, de su nacimiento prodigioso, de su maldición. A pesar de tener sólo veintiún años, lo percibía infinitamente más sabio que yo. Me hizo pensar en una especie de Alejandro Magno en descomposición, cayéndose a pedazos al igual que su reino.

En mi tierra se hablaba del Rey Leproso como si fuera un santo, y en muchos sitios le habían hecho altares y figuras. Se decía de él que portaba siempre una máscara de hierro, inexpresiva, y que ahuyentaba a los musulmanes con sólo mirarlos, que una batalla la había peleado usando un solo brazo, pues el otro se le había caído durante su cabalgata.

Yo lo consideraba un santo también. Se lo comenté. Él se acercó a mí y dejó ver una mueca permanente, una sonrisa extraña. *Es bueno ser un santo y un leproso a la vez, me dijo, con cada paso que doy dejo en el suelo una reliquia.*



El púlpito de Roma

Diego Maenza

Estamos en el año 330 después de la Era Común. Hace apenas diecisiete años que el emperador Constantino ha promulgado el Edicto de Milán, con el que se ha favorecido al cristianismo en detrimento de los rituales paganos. Para beneplácito de pocos y para sorpresa y dolor de muchos, todos deberán atenerse a las directrices impuestas por las nuevas normas morales. Faltan tan solo siete años para que el emperador fallezca.

En un oscuro rincón de Roma se yerguen las pequeñas murallas de maderas desgastadas que parapetan el púlpito del señor Pietro Valentín. Desde aquí este extraño hombre de vida monástica y vestimentas holgadas proclama que el reino de los cielos se acerca, inculca la fe en Cristo y, por si fuera poco, en una manifestación no propiamente conveniente a las disposiciones del santo Papa Silvestre I, fiel lacayo de Constantino, realiza su liturgia incorporando una plegaria al dios Sol —cuyos seguidores rinden tributo cada amanecer al despuntar el alba—; en sus discursos lee pasajes de evangelios gnósticos, que han sido rechazados por la Iglesia Católica Apostólica y Romana por considerarlos textos apócrifos y mentirosos. Pietro Valentín nunca ha cobrado por su labor, vive de la caridad que no pide y solo se dedica a su religión.

A este incómodo reducto asisten personas de baja laya, miradas con desdén y asco por aquellas de elevada moral, puesto que las prédicas del señor Pietro Valentín no son acordes a la fe casi estricta de la naciente Iglesia Católica: si bien es cierto que el emperador ha sido tolerante con los rituales paganos, ciertas autoridades dentro de la institución religiosa se oponen a ello, presionando al Papa que, ya quedó dicho en el párrafo anterior, fue hasta sus últimos días un fiel súbdito de Constantino.

Aquí, en esta humilde iglesia, vemos cómo entran desde las deshilvanadas costureras y las sucias matronas hasta los herreros y los

pescadores que impregnados de sus tufos cotidianos dan a este antro el aroma característico de sus asambleas. Las mozas y los mancebos también gustan de sus palabras. Las primeras, de faldas largas aunque mugrientas debido a las tareas del hogar y a los fluidos de las menstruaciones: los segundos, aún dominados por el hedor de los sudores debido a los trabajos del campo o bien del hierro, asisten con estoica puntualidad a los sermones de Valentín.

Quizás lo más llamativo acerca de este singular sacerdote sea su vida turbulenta. Tiene tres hijos que dejó de ver hace años, pero que le han durado como estigma en su reputación ante la mirada de insidia que despiden los ojos de los legos. Tuvo dos mujeres que lo abandonaron hace tiempo, habiéndose dedicado él desde entonces a la vida religiosa. Qué más se podría decir acerca de este hombre que no cause repulsión en los espíritus tranquilos. Precisamente lo que más odian los habitantes de los burgos es la libertad con la que dispensa bendiciones sobre artesanos y comerciantes de escasa economía, sobre extranjeros y vagabundos.

En una lejana tarde llegaron a su iglesia una pareja de desesperados buscando a toda costa la bendición de su amor. Habían pretendido conseguirla en el sagrado templo de la Iglesia Católica, aquella que el emperador había empezado a construir a la orilla del río Tíber y que en el futuro sería conocida como la Basílica de San Pedro en la cual desde entonces han morado todos los santos padres. La Iglesia los echó, sin escuchar sus razones. El pecado: ser él mayor a su amada con casi cuarenta años.

Aquella misma tarde Pietro Valentín los bendijo en nombre de Cristo y del Sol, ante la concurrida asistencia de los pobladores habituales. El anciano y la virgen, como fueron recordados por el populacho, quedaron satisfechos y partieron rumbo a su pueblo natal de ríos cristalinos y brisa fresca.

Una noche llegó a caballo otra pareja en circunstancias similares a la de la virgen y el anciano. Los habían desterrado de Padua a causa de sus amores, inmorales ante los ojos pulcros de la casta sacerdotal cristiana. Habían tenido noticia de aquella boda inusitada en que el dios Sol dio aprobación a la niña y al longevo. Valentín los casó

a la mañana siguiente. El marido, que había ostentado una renta nada despreciable, trajo a la siguiente semana de la boda una gran campana en agradecimiento por los servicios religiosos del sacerdote, obsequio que Valentín rechazó en el acto, pero que el pueblo acogió con benevolencia forzando al párroco a aceptarla y ubicarla en la cúpula del templo. Desde aquella mañana Valentín dobló tres veces la campana en señal del inicio de su sermón.

Algo que no se ha dicho, la causa del destierro de la pareja de Padua: esta vez no fue su edad, fue su posición dentro del entramado social de la Edad Media. Él, un heredero burgués que regentaba un caserío; ella, su sirvienta. La puritana sociedad paduana los repudió por la transgresión de los más básicos valores morales. La pareja halló redención en el caluroso, minúsculo y atípico templo romano de Valentín.

De esta manera, el señor Pietro Valentín fue granjeándose fama mucho más allá de los límites de su poblado. La noticia de sus actividades llegó a oídos de las autoridades eclesiásticas, quienes advirtieron al sedicioso párroco que se atuviera a las pautas establecidas por la Iglesia o se las tendría que ver con las órdenes de disciplina que vendrían, así lo amenazaron, del mismísimo emperador Constantino el Grande, claro que aún no se lo llamaba el Grande, ese epíteto le habrá quedado, seguramente, luego de su muerte, pero que conste aquí para que los espíritus despistados no lo confundan con algún otro emperador o rey de aquellos más modernos que abundan por todos lados.

El señor Valentín no se amedrentó: elevó una plegaria al dios Sol y otra más a Jesucristo, halló en ellas la paz que requería y fortaleció su fe en la religión que predicaba.

Entre los numerosos y raros matrimonios que propició este revoltoso agitador de la moral pública y la educación correcta, figuran como los más relevantes: el de una ciega con un mudo, el de una prostituta con un ex estudiante del sacerdocio, el de dos mujeres (que no se extrañe nadie, el amor crece en los lugares menos esperados y en las fechas menos convenientes), que después de cinco años fueron apedreadas en una plaza pública; el de

dos hombres (que no se extrañe nadie, el amor crece en los días menos apropiados y en los corazones más imprevistos), que a la muerte del sacerdote fueron asesinados por una turba que los quemó vivos; el de una ex duquesa con un marinero negro, que por fortuna huyeron nadie sabe a dónde; el de una negra con un blanco (horror de horrores); el de una blanca con un negro (horror de horrores), el de una esclava que escapó para su boda (y que a partir de allí sería libre) con un mancebo esbelto llegado de Hispania, que se la llevó a tierras desconocidas y lejanas; el de dos locos que gritaban que el amor lo era todo y cuyas ropas hedían a excrementos, que no duraron nueve meses vivos ya que solos, en una noche aciaga, se prendieron fuego en el tugurio que habitaban; el de una enana con un gordo gigantón; el de una gorda inmensa y cuarentona con un mancebo virgen; el de una negra y un negro (oh, horror de horrores, que Dios salve nuestras almas, gritaba la gente desde sus palacios); el de una de sus ex mujeres con un afeminado llegado del país de los francos.

En fin, Valentín celebró todas las bodas que ningún otro sacerdote podría haber oficiado, admitía en su iglesia a jóvenes y viejos, a sanos y enfermos, e incluso, en los años previos a su muerte se dio a la tarea de despojar demonios de cuerpos poseídos, de bendecir almas moribundas, de prodigar curaciones, y fue así como se extendió, hasta lugares remotos, la noticia de que él podía curar la lepra.

Una mañana llegó una muchedumbre de leprosos provenientes de diversas partes del imperio. Llegaron juntos, pero sin haberse puesto de acuerdo. Tocaron a la puerta y solicitaron la bendición. Valentín, que siempre fue honesto, les advirtió que aquello no los curaría, que lo escuchado por ellos eran solo rumores y que apelaran a la infinita bondad del dios Sol y a la inmensa misericordia de Jesucristo. Los bendijo. Los leprosos marcharon de regreso, decepcionados por no haber podido presenciar las virtudes sobrenaturales que esperaban, pero reconfortados con un aura espiritual e infinitamente fortalecidos en la fe gracias a las sabias palabras de Pietro Valentín.

Al ver desaparecer a la multitud, Valentín notó dos sombras que aún quedaron paradas al frente de su iglesia. Eran dos jóvenes de miradas cabizbajas y con el cuerpo completamente lleno de charras. Nosotros nos amamos, le dijeron al párroco, esta vez alzando la cabeza. Valentín asintió, comprendiendo. Pasen, hermanos, fueron sus palabras. Redoblaron las campanas y una vez más el párroco romano ofició una boda ante su feligresía.

Aquella noche Valentín soñó con el cielo. Lo vio blanco y tibio. En su ensueño presenció a cada una de las personas que había unido en sagrado matrimonio: vio a la negra y al negro, vio a la duquesa y al marinero, vio a las dos mujeres enamoradas, vio a la esposa negra y a su esposo blanco, vio al español y a la esclava, vio al mudo y a la ciega, vio al gordo y a la enana, vio a los dos locos y le llegó un perfume a rosas, vio a la blanca y al negro, vio a los dos hombres enamorados, vio a la gorda y al mancebo, vio al franco y a su ex mujer, vio al estudiante y a la prostituta, vio a los leprosos que ya no eran leprosos sino dos jóvenes hermosos revestidos de piel aterciopelada y lisa, llana, fresca, pura. Comprendió que pronto moriría.

A la mañana siguiente no fueron las campanadas de la iglesia las que despertaron al pueblo. Fueron los gritos y proclamas que anunciaban la presencia del santo padre, el Papa Silvestre I. La gente se asomó con cautela, con una mezcla de miedo y curiosidad. La comitiva, formada por altos representantes del clero católico, avanzó hasta las pequeñas puertas de la iglesia de Valentín y las hizo retumbar para sorpresa del canónigo que con las calzas puestos sobre el sueño asomó su cabeza despeinada.

Diez minutos más tarde, frente a sus victimarios, Valentín escuchó la sentencia que lo condenaba a la horca. Entre otras cosas que decía el documento, acusaban a Valentín de incitar, aprobar y realizar acciones inmorales que iban en contra de los más elementales principios de nuestra religión y preceptos heredados de nuestro señor Jesucristo...

Media hora más tarde Valentín fue ejecutado en el aborrecible símbolo de sedición y pecado que constituyó su iglesia: lo colgaron

de una de las vigas frontales para exhibición del pueblo y escarnio de todos, pueblo que aturdido por la magnificencia de los vestuarios de aquellos señores imponentes no se atrevió a salir en defensa de su sacerdote.

Una hora más tarde, cuando los altivos caballeros se marcharon al son de una trompeta, una joven de mirada larga y expresiones bellas fue la primera en acercarse. Con la ayuda de otros jóvenes logró bajar al párroco de aquel innoble lugar: lo ingresaron a la iglesia y, habiéndolo acostado sobre la tarima que fuera su lugar sagrado y ahora su lugar de reposo, lo velaron durante todo el día.

“Es un santo”, decía la gente al contemplar su cara. “No habrá ninguno como él”, repetían otros. Al atardecer, luego de enterrarlo en un descampado y haber puesto sobre el promontorio una cruz inscrita con la marca del dios Sol, indignados, cada uno retornó a su hogar para contarles a sus hijos durante la noche la noticia trágica que enlutaría al pueblo durante años. La muerte es el paso hacia la vida eterna, había profetizado desde el púlpito Valentín, San Valentín, como lo llamaron desde entonces, para conservar por siempre la memoria de sus hazañas en los anales de la historia universal de los amores.

EDAD ANTIGUA

Asiria

Félix Alejandro Cristiá

Mi vida ha sido marcada por la gloria, y como a tal, le prosigue la caída.

No hace mucho que el pensamiento de escribir mi memoria ronda por mi mente, tal vez con la motivación de una última esperanza: que al escribir —lo único que aún no he hecho— pueda librarme por fin de mi encierro. La tarea no me ha sido fácil. Años y años he tenido que esperar acumulando hojas marchitas que se desprendían de los árboles que en algún momento mandé a sembrar y que, gracias a la ayuda de un generoso viento ocasional, me llegan a través de la diminuta ventana que con dificultad alumbraba mi confinamiento en esta torre de arena. Ya perdí la cuenta de los años que he permanecido aquí: 20, tal vez 200, podrían ser 2.000. Algunos recuerdos se me hacen tan distantes que identificar su veracidad me resulta complicado, pero haré lo mejor que pueda.

Desde el instante que tuve uso de razón lo supe, tengo sangre real. Una diosa fue mi madre, salida del mar, de gran poderío como todos los grandes seres que provienen del húmedo vientre del mundo, precediendo a todos esos pseudodivinos que ahora se hacen llamar enviados del Sol. Hablo de un tiempo cuando los hombres tocaban la tierra con sus rodillas en auténtica devoción y todavía no apuntaban con soberbia su dedo hacia el cielo. Época de exploradores y místicos; de toros y de señores del mar a quienes este animal representaba, antes de que los carneros y los peces invadieran las artes.

En mi primera prueba, con escasas semanas de haber tomado la forma de retoño humano, me vi perdida, sola en el desierto; pero morir en ese instante no era lo que el destino había grabado en la piedra. Durante varios días mis respiros fueron asistidos por milagrosas criaturas aladas, de blanco plumaje como las nubes, y como mi corazón... en aquellos tiempos.

Un pastor me encontró y me hizo su niña, también completó mi existencia al ponerme nombre. A pesar de la humilde crianza, nunca menguó la preeminencia de mi temperamento irrigado por mi sangre divina. Estaba segura de que no iba a pasar mucho tiempo antes de captar la atención de un hombre poderoso, dirigente de naciones, y cuando ese momento llegó, asentí definitivamente en mi sospecha: mi destino era gobernar. Mi esposo era inteligente, fuerte, servicial; pero su razonamiento era fácilmente opacado por mis consejos. Su fuerza no era nada en comparación con mi astucia, y su necesidad de complacencia me mataba de aburrimiento. ¡Oh, simple comandante, camello débil, conformista!, ¡te pude haber convertido en rey, pero tu espíritu era el de un simple lacayo!

Recuerdo muy bien aquel día de Akitu, tenía unos escasos 20 años. Nos presentamos en el palacio del rey, en donde el reflejo del sol que acentuaba su corona hacía resaltar la infinidad del desierto en mis ojos. Me clavó con su mirada, inmediatamente. Firme monarca, con sed de tierra, vástago del fundador de la tierra de Sinar, un hombre un poco más cercano a mi altura. Vio en mí a una estrategia implacable, una figura digna de venerar y el aroma de una amante insaciable, por lo que le propuso a mi marido desprenderse de mis virtudes. Este se negaba, alegando que mi ser era para él la vida misma, pero tenía que comprender tarde o temprano, por las buenas o por las malas, que mi existencia a su lado era antinatural: iba en contra del glorioso curso que los astros me tenían previsto. Finalmente cedió mi mano y posteriormente se ahorcó. ¿No les dije que era débil?

Ahora reina soy, pero aún las cartas no me convencían. Había muchas personas en el trono: dos. Varios años pasaron de expansión y poderío hasta que el rey fue herido en batalla. Me cedió poder absoluto en su nombre hasta que pudiera recuperarse, y en efecto, en su nombre lo hice asesinar.

Ahora bien, estimado lector, usted creerá que tiene el derecho de juzgarme por mis acciones, pero le ruego por su paciencia.

Estos hombres acomodados en sus sillas brillantes se niegan a ver más allá del horizonte. Mi reino y yo éramos uno y nuestro

nombre no iba a morir con mi carne. Y créanme que de eso me encargaría. Testimonios en piedra levanté y mis milagros fecundaron los áridos suelos dentro y fuera de los Dos Ríos. Antes de cumplir mis 30 años había demostrado ante varios pueblos que era posible hablar con los enemigos sin despertar su furia, pero los hijos de un tal Aquemenes se quedarían con el crédito, diplomacia le llaman ahora. Casi en mis 40 vi el potencial que tenía un pueblo abandonado por el castigo del cielo, y altas murallas coronadas por leones como ninguna antes vistas erigí y fortalecí ante los celosos ojos de los caldeos; y para colorear sus austeras superficies, hice traer plantas de las orillas del mismísimo Éufrates que se esparcieron sobre los tejados esmaltados siglos antes de que un megalómano y delirante rey decidiera emular una hazaña similar. Casi a mitad de una vida hice una pequeña visita a la tierra de los faraones, y al dios-hombre de las Dos Tierras lo hice arrodillarse para que nunca se atreviera a olvidar que entre él y el Sol siempre iba a encontrar a alguien más. Llegando a mis 50 expandí mi reino más allá del desierto y al este conocí a los hijos de Rama y la ciudad de los elefantes, mucho tiempo antes de que los ancestros de un jovencito siquiera pensarán en un mundo más allá de Macedonia.

Tantos años glorificando mi nombre y el de mi tierra, que fue tarde cuando me percaté de mi único error, el que provenía de mi propio vientre. Oh, hijo débil y cobarde, como su padre el burdo rey: oportunista, traidor, ¡blasfemo! Puso a la población en mi contra, y los 40 años en que mi reino era equivalente a lo conocido se vieron amenazados. Pero mucho tiempo más he permanecido encerrada aquí desde el día que abdiqué. Y que quede claro, mi reino no me lo quitaron, yo lo cedí, al fuego y a la perdición.

No me es preciso describir la cantidad de tiempo que ha pasado desde que vi por última vez los valles y las praderas de cebada, ahora compartiendo este espacio de un qanû con las voces de los antiguos dentro de mi cabeza, única morada que les queda tras su destierro a manos del que ahora la plebe llama “el dios único”. He visto desde la ventana, casi tan pequeña como mi cabeza, árboles inmensos ser arrasados y crecer de nuevo, una infinidad de veces.

He visto construcciones derrumbarse, la arcilla secarse y el ladrillo desmoronarse. Ciudades emerger de la arena y ser arrasadas por el agua desbordada de entre las venas de la tierra. He presenciado guerras y exilios, capturas y ríos de sangre fundirse con los granos de arena del desierto..., y aún espero, sigo esperando lo que en un sueño se me profetizó: mis amigas emplumadas, blancas como las nubes, como mi corazón en algún tiempo, regresarían por mí y yo volaría con ellas. Me asomo cada mañana al despertarme y cada noche antes de acostarme. He visto monumentos de roca con mi imagen y mi nombre siendo erosionados por el viento, y entonces comprendí que ni siquiera la memoria le puede ganar al tiempo.

Regresamos al comienzo, querido lector. En un intento desesperado por guardar mi cordura, para no permitir que la locura termine de ahogar mi alma, emprendo la carrera hacia mi última conquista. Ya no la de mi memoria, sino la de mi liberación. Así como el polvo proviene de lo que alguna vez fue un testimonio sólido, de la misma manera ya no recuerdo mi nombre. ¿Para qué es la vida, sino para recordarla antes de morir?, pero, ¿y el que no puede morir, de qué le sirve recordar? Escribo sobre estas hojas envejecidas para que, si en algún momento sucumbiera ante la demencia sin llegar todavía a perecer, que el mundo que intenta desintegrar todas las bases que erigí no me arrebatase mi esencia.

Nacimos en una era de dioses y diosas, adornada de paisajes salidos del sueño de quienes despertaron con el mundo, en donde el milagro venía acompañando al primer rayo de sol; pero al mirar ahora por la ventana sólo veo la endeble y fétida mano del hombre. Y a los reyes de este mundo en constante cambio, mejor decir, en constante decadencia, aquellos que avalaron mi exilio, les digo, lo que les duele no es que yo haya sido ambiciosa, tampoco que haya sido pionera, lo que les duele es que haya sido mujer.

Miro por la ventana una vez más. En ocasiones menos frecuentes veo a padres de la mano con sus hijas e hijos. Grito y muevo mis brazos con furor desde la pequeña ventana; pero ellos no alcanzan a verme, no alcanzan a oírme. La torre en la que me encuentro hace mucho que fue derribada, y desde entonces las gentes ya no se logran entender.

TIEMPO MÍTICO

El señor de las arenas rojas

Félix Alejandro Cristiá

Y Ra-Horajti dijo:

*Que Seth, el hijo de Nut, sea entregado a mí a fin de
morar conmigo, y él será para mí como un hijo. Que
truene en el cielo. Que sea temido.*

Papiro de Qenherjopshef (Chester Beatty)

Me han tachado durante milenios, a mí, al salvador de la humanidad. Al salvador de sí misma. Si ahora hablo no es porque desee redención, para ello habría de admitir culpabilidad y yo nunca tomé acción alguna que se opusiera a mi naturaleza; culpables son quienes se traicionan a sí mismos. Pero sepan que rey debía ser, y rey fui. Usurpado al final de una era, por un niño...

Toda historia trágica comienza con la familia. De aquel huevo nacimos, al mismo tiempo, dos hembras y dos machos. Hubo una repartición de este mundo que se formaba, donde mi hermano se sentó en su trono mientras que yo desperté dentro de un mar de arenas interminables. “El virtuoso”, así lo llamaban. Tan colmado de bondad que era incapaz de reconocer el mal. ¿Y es esto lo que el mundo necesita de un regente?, ¿un gobernante que no pueda reconocer todas las fuerzas que rigen sobre las tierras y sobre las aguas? ¿Un rey que debido a su pasiva naturaleza se vea incapaz de percibir la oscuridad que reside dentro de todos los seres vivos, de aquellos a los que tenía que proteger..., y de los se debía cuidar?

Pero yo sí conocía la oscuridad. Nació conmigo, ¡la liberé desgarrando el vientre del mismo cielo con mis propias manos! Yo era quien merecía reinar sobre una tierra tan seducida por oscuridad como esta a la que ahora llaman Kemet. Mi hermano no lo iba a comprender, su juicio estaba moldeado por la costumbre y por la paz. Más que el amor a la familia ha de prevalecer el equilibrio, y para ello el conflicto es necesario. Le hice un favor, lo presenté

hacia su última prueba, la que demostraría si era capaz de ejercer la responsabilidad que le fue encomendada. Falló. El Destino no hizo más que actuar a través de mí, ¿cómo no lo vieron?, convidando a mi hermano hacia su sarcófago. Y todos los débiles, de esa clase repulsiva y abundante que siempre adopta el papel de víctima como estrategia de supervivencia, se atrevieron a afirmar que obré con maldad, impulsado únicamente por la codicia y el deseo de querer situarme por encima de la ley. ¿Pero de qué ley están hablando, de quién, de dónde surgió?

Para todos los que continúan sosteniendo tal calumnia, sepan que aun ante la derrota de mi hermano llegué hasta tal punto de generosidad que le otorgué una última bendición: esparcí cada trozo de su cuerpo a lo largo de las tierras del mundo para que de ellos emanara noble vegetación que pudiera dar sombra a todas las criaturas vivientes, y así su esencia viviera con la Nación misma. ¡Insensatos! ¡La repetición, eso que los hace inmortales los ha vuelto insensatos! Grupos se formaron en mi contra, motivados por nuestra hermana, reunieron los pedazos del dios acabado y a causa de su imprudencia la mayor parte de la tierra quedó infértil. Lejos de terminar el asunto, mis declarados opositores y otra gran cantidad de defensores de los débiles, de esos que antecedieron a los que ahora destrozan el mundo utilizando al orden y la ley como pretextos, clamaron que el trono de la tierra le pertenecía al hijo legítimo del vencido monarca y su consorte. Ahora resulta que solo por tratarse de su vástago ya posee autoridad. ¡Que los seres venideros no lo tomen por lección!, creer en la autenticidad de lo que ellos mismos han inventado como “genuino”, ofreciendo el mundo sobre bandeja de bronce a los incapaces bajo la excusa del linaje. Y así, ¡negarán al usurpador competente en favor del legítimo inútil!

El tribunal deliberó durante décadas, quizá siglos, cediendo finalmente a la causa del hijo. Y de la tierra fui aislado. Pero, a pesar de los enemigos y traidores, todavía poseía el favor del rey de los dioses, el mayor de entre los sabios y por ende el único de quien cuyo juicio respetaría. Me llamó a su séquito para hacerles

frente a los enemigos del Sol mientras viajamos en su barca por las entrañas de la noche.

Tantos días pasados en el desierto, tantas noches luchando contra los devoradores de la luz, que no me había percatado de lo que sobre los suelos decían sobre mí: que soy enemigo de la humanidad. Tal raza comparte un destino trágico desde el primer llanto. El valor de una vida se debe ganar, no mendigar bajo la excusa de la imperfección ni de acuerdo a su nivel de servilismo. Estas criaturas creen que por medio de la devoción alcanzan nuestro respeto, o lo que es peor, nuestra lástima. A pesar de ello, a muchos humanos les agarré cierto afecto, los que también quedaban doblegados, errando dentro del vacío que conforma mi reino al que fueron exiliados tan solo por seguir sus instintos. Entonces yo, en forma de arenas rojas cuyo grano conté por cada estrella de Nut, les di alojamiento. Y para honrar la herencia del padre Geb, creé para ellos pequeñas islas en medio de la planicie hirviente, y saciaron su sed. Pero en cuanto a los temerosos, los que preferían no apartarse nunca de la comodidad del Nilo, me hice tormenta y su valor puse a prueba. Ahora tan solo la idea de pronunciar mi nombre inquieta sus corazones. A veces hago levantar nubes rojizas para que por un breve momento el día sea tragado por las tinieblas, y entonces oigo a los insectos bípedos exclamar entre sollozos que me llenan de alegría: “¡El señor de la tempestad ha llegado!”.

Pero es durante la hora más oscura de la noche que siento la duda y el estremecimiento inmiscuirse dentro de mi ser; cuando emerge ella, la enemiga de la luz. Cada noche vencida pero nunca derrotada. ¡Qué ignorancia de quien sueña con la vida eterna! Su retorno al día siguiente no hace más que recordar mi desdicha. ¿Qué maldición habremos merecido nosotros los dioses? ¿Qué imprudencia pudo haberse ganado el asco de Maat para castigarnos con la involuntaria inmortalidad?, la penitencia de la repetición. Crepúsculo tras crepúsculo, crecida tras crecida, ella, bajo forma serpenteante se vuelve a asomar. El caos en la tierra permite que los humanos nos recen, pero el caos en el universo no deja a nadie a quién rezar. No, no puede ganar. A pesar de que a veces me invade el deseo de

dejarme vencer, mi fuerza inherente hace mover mis extremidades sin la venia de mi corazón, fuente de cada pensamiento. Es parte de mí. Mi naturaleza. Luchar hasta el fin.

Para no sentirme vencido por mi propio destino, trato de persuadirme diciéndome que lo que me motiva a seguir en la rueda eterna es mi anhelo de ver al conductor de la barca salir victorioso de las tinieblas, trayendo la luz que impulsa la vida e iluminando el santo río por doce horas más. Por ver tal belleza cada día, me atrevería a seguir invocando la oscuridad, por siempre.

Me dispongo a tranquilizar mis pensamientos, ya casi anochece: es hora de levantarme. Mi eterna adversaria se aproxima, ondulándose entre los últimos rayos del sol.

Defensa del Minotauro Asterión

Tamara Víquez Madrigal

A mí, Asterión, hijo de la reina Pasífae y del gran toro blanco, me acusan de ser una bestia, un come hombres, un monstruo insensible e incontrolable... en fin, me acusan de ser una deformidad. Pueden tal vez tener razón, pero entonces díganme: ¿cómo se comportarían si les tratan como a un animal salvaje? ¿Cómo reaccionarían si toda una vida han sido una vergüenza, un ser diferente a sus hermanos? ¿Cómo se sentirían encerrados en un lugar sin salida durante años, sin ninguna interacción más que la propia, sin ningún alimento?

Podrán imaginar, entonces, que el comportarme como un monstruo es lo único que conozco, que el sentirme diferente es algo que ya asimilé y que confiar en alguien más me es imposible, ya que tan solo me conozco a mí mismo. Pero esto no es cierto. Yo soy el castigo por la muerte de mi hermano, aunque nadie nunca me preguntó si quería vengarlo. Asimismo, debía ser un castigo para Minos por su imprudencia de no sacrificar el toro blanco a Poseidón, pero fuimos mi madre y yo los que fuimos castigados en realidad: yo al ser encerrado y ella al ser apartada de mí. Sí, me gusta pensar que es así, que su amor de madre se extiende hasta mí, pero que su enorme pena de haber yacido con un animal le impide acercarse. Mi corazón humano en mi pecho desnudo siente que es así, que al menos ella me ama.

Sobre el alimento y mi hambre insaciable; no es que me plazca el acabar de un solo bocado la vida de esas doncellas y jóvenes a quienes aún les falta mucho por vivir, mas mi apetito voraz debe ser satisfecho. Ellos me mantienen en ayunas para que me sea imposible resistir ese delicioso aroma de carne fresca, ya que este manjar me es presentado una sola vez al año. O al menos eso dicen, ¿qué es el tiempo? ¿Cuánto tiempo es en realidad un año? Acá, dentro de mi mundo intrincado, sólo existen el sol y la oscuridad.

Ahora, ¡ay de mí!, dicen que un tal Teseo viene en camino para vengar a los atenienses, para asesinarme. ¡Ay de mí que no pedí nacer con esta condición! Que no puedo escapar ni de mi laberinto, ni de esta cabeza impulsiva, ni de este cuerpo lleno de sentimientos. Ahora me acechan pesadillas cuando duermo sobre cómo será mi muerte; tal vez sea rápida y fácil con una espada o con un golpe directo a mi pecho, o tal vez Teseo me golpee hasta morir. De la manera que sea, aún me queda una interrogante: ¿me defenderé o dejaré que me haga daño? ¿Mi impulso taurino lo atacará o mi alma cansada de esta soledad le dejará ganar?

Soy Asterión, cabeza de toro y cuerpo humano, incomprendido, acusado de miles de crímenes que me han sido adjudicados, pero la verdad, soy el único que conoce lo que he hecho, pues estos ambages no han sido transitados por nadie que haya podido salir de ellos y relatar al mundo exterior lo que sucede en este interior infinito de posibilidades.

La otra verdad de Helena

Martha Bátiz

“Voy a explicarles, señores jueces...” Empiezo con las mismas palabras que utilizó mi hermana pues nos unen, además de la maldición de la misma sangre, el afilado juicio de hombres y dioses. Nuestra historia la conocen todos. La han oído y repetido —manoseado— miles de veces, tantas como antes de la guerra nos enviaron, y más todavía desde que —gracias a la paz— han podido abiertamente condenarnos. A mi hermana, por el crimen que cometió. Y a mí, por las afrentas que hombres nobles, incapaces de comportarse como algo menos que bestias, cometieron en mi nombre y sin considerar mi voluntad. Pero esos crímenes no son míos, señores jueces. Mi crimen es otro. Nunca una mujer ha sido la verdadera causa de una guerra.

Mi padre me odió desde el momento en que nació porque, al verme, se dio cuenta de que no era suya. Mi madre había sufrido el mismo destino de muchas: fue seducida y engañada y yo —lo supe después— soy la encarnación de aquel abuso. No se mientan a sí mismos pensando que sus ojos les cuentan siempre la verdad. Para una niña pequeña a la que todos halagan y parecen admirar es muy difícil comprender el rechazo de sus padres. Cuando me secuestraron por primera vez no fueron ellos quienes fueron en mi busca, sino mis hermanos, los gemelos. ¿Tienen idea del miedo que sentí cuando aquel hombre me tomó presa y me alejó de mi hogar, de mi ciudad, de todo lo que conocía, y me forzó a acostarme en su lecho? Hacía algunas lunas apenas que mi cuerpo había teñido de rojo la terrible noticia de mi madurez, pero mi mente seguía siendo la de aquella niñita que buscaba en vano complacer a sus padres. ¿Tienen, señores, idea del asco que sentí de mí misma al saberme deshonrada? ¿La vergüenza que me invadió al pensar en mi familia y en mi gente? Por eso, cuando mis hermanos lograron llevarme de nuevo a casa, le dije a mi padre —o al hombre que creía mi

padre— que haría lo que fuera para reparar su honor. Fue así cómo me convertí en trofeo.

A nadie pareció importarle mi impureza, y la competencia por mi mano en matrimonio tuvo gran éxito. Hay quien habla de aquel día como de un suceso legendario. Nadie supo que pasé la mañana entera llorando en mi habitación, y al final de la noche casi no podía dejar de vomitar. Sin embargo, al casarme nada menos que con el hermano del marido de mi propia hermana no solo tejí con mayor fuerza nuestro vínculo —o acaso, nuestros trágicos destinos— sino que logré que mi padre me sonriera por primera vez. Aquellas lágrimas de alegría durante la boda no eran porque me emocionara el hombre que ahora habría de poseerme. Eran porque por fin había conseguido la aprobación del único que me importaba.

Pasó el tiempo y mi hermana procreó cuatro hijos mientras yo, mes con mes, no acunaba sino la evidencia de mi infertilidad entre las piernas. Cuando llegó el extranjero de visita —y no, no esperen que lo nombre; me es tan repugnante su imagen que no deseo siquiera pronunciarlo— mi marido me acababa de echar en cara ser una mujer seca, incapaz de procrear. En su rabia aseguró que se trataba de un castigo relacionado con mi origen, y me contó la historia del abuso de mi madre. Me ofusqué. Había pasado la vida entera tratando de congraciarme con un hombre que no era de mi sangre y a quien jamás le iba a importar; le había entregado mi futuro a otro para el cual en público era envidiada presea pero, en privado, una decepción. El extranjero aprovechó mi rencor y cuando me pidió que nos fuéramos juntos acepté de inmediato. No me detuve a pensar en las consecuencias.

Para nadie es un secreto el enorme sufrimiento que desató mi partida a Troya. Lo que más me duele es haber perdido a mi sobrina y, por lo tanto, a mi hermana, que nunca me perdonó haberme marchado. Soy, en parte, responsable por la desgracia en que se convirtió también su vida. Pero como ya dije antes, nunca una mujer ha sido la verdadera causa de una guerra, y los hombres que quisieron lavar con sangre la afrenta de mi huida

pagaron con la suya haber arrastrado a tantos a un cruel fin para satisfacer su vanidad. Eso no me causará pena nunca. Lo que sí me causa pena —no, pena no, porque no es una palabra lo suficientemente vasta para describir el inconmensurable dolor que he escondido por años— es lo que tuve que hacer mientras estuve fuera de casa y la guerra nos cercaba. Mi crimen, el único que cometí y nunca antes de hoy he confesado.

Habían pasado apenas unos meses desde que el extranjero y yo convivíamos como marido y mujer cuando me di cuenta de que estaba embarazada. Nunca había sentido una alegría más inmensa. Corrí a darle la noticia al futuro padre, pero en vez de ponerse feliz, enfureció. Mi cuerpo, dijo, se tornaría enorme y desagradable, mi piel perdería firmeza, y la guerra no era el momento para tener hijos. Me hizo encerrar en una habitación donde no me vería hasta que la criatura hubiese nacido. Más de doscientas noches estuve sola, muerta de miedo, pensando qué sería de mí y de mi hijo. Excepto que no fue un varón sino una niña la que, tras muchas horas de agonía, se acurrucó en mis brazos. Su padre vino a vernos y se alegró de que fuera hembra y se pareciera a mí.

—Su belleza —dijo— nos será útil. Haremos alianzas gracias a ella, será la solución a esta guerra.

Cuando se marchó, miré a esa niña —la más bella y perfecta que haya nacido jamás, mi niña— y le pedí que no se preocupara. Le susurré al oído que la amaba, que la amaría siempre. Acababa de comprender de golpe que la misma maldición que me ha perseguido la vida entera sería también su sombra, pero no sabía cómo explicárselo. Le ofrecí mi pecho y así, abrazadas, hechas una sola, la apreté y, mientras la apretaba, intenté explicarle que si pudiese vivir más tiempo comprendería muy bien lo que estaba haciendo y se daría cuenta de que era por su bien. Y seguí apretándola... hasta que no respiró más.

No era esta la historia que querían escuchar, señores jueces. Lo veo en su mirada. Al fin han dejado de engañarse por mi apariencia y los rumores que de mí han oído. Si hoy, aunque sea por un momento, dejan de entender el mundo a través de nada más que

sus ojos, mis palabras habrán cumplido su misión. ¿Por qué lo hice, se preguntarán? Porque no podía dejar que mi preciosa hija cargara con el peso de mi sangre. ¿Qué clase de vida le esperaba?

No hay noche en que no añore su presencia, ni día en que no me reconforte su ausencia. Merezco el más severo castigo, lo sé. Mi único consuelo es saber que la salvé de las manos —y de las decisiones— de los hombres, empezando por las de su propio padre. La salvé de correr con el mismo destino que su tía, la pobre Clitemnestra —por quien hoy también les pido clemencia— el mismo destino que su madre, la mujer más hermosa y más infeliz sobre la tierra.

Un puñado de sol

Luis Antonio Beauxis Cónsul

La noche se había cerrado sobre el Istmo. Negros nubarrones velaban la luna y las estrellas, las tinieblas reinaban fuera y dentro de la gruta.

Veinte cuerpos yacían apiñados en el fondo, cada hombre buscaba el calor que podían proporcionarle sus vecinos. Sólo Deucalión permanecía despierto, velando junto a la entrada, para dar la alarma si alguna alimaña se atrevía a acercarse.

De pronto, un tenue resplandor rosado comenzó a filtrarse por entre las ramas que obstruían la boca de la gruta, como si la Aurora hubiese comenzado ya su diario paseo, pero era demasiado temprano para ello.

La luminosidad continuó aumentando; cuando Deucalión consiguió identificar, al fin, su origen, retiró apresuradamente las espinosas ramas y llamó a gritos a sus hermanos:

—¡Despertad! ¡Despertad todos ya! ¡Es nuestro Padre que ha vuelto! ¡Y trae un puñado de sol en lo alto de una rama!

Los otros entreabrieron los ojos somnolientos y, como mejor pudieron, comprobaron la veracidad de lo afirmado: Prometeo penetró en la caverna y las tinieblas se tornaron en día.

—¡Bienvenido, Padre! —saludó Deucalión y todos los demás le hicieron coro—. ¿Qué es lo que te trae hasta aquí en medio de la noche?

—Tengo un regalo para vosotros —sonrió Prometeo—. ¿Acaso no lo estáis viendo?

—Claro que sí, Padre —afirmó Quimereo, incorporándose—. Pero, ¿qué cosa es?

—Pues, justamente lo que ha dicho vuestro hermano: “un puñado de sol” que he tomado para vosotros

—¿Y qué haremos con él? —preguntó Lico, perplejo.

—Os iluminaréis en las noches y os calentaréis durante el invierno —respondió Prometeo—. Pero además, os reuniréis en torno a él y os narraréis historias. ¡Acerca esas ramas!

El aludido obedeció con presteza, Prometeo aproximó su antorcha y, muy pronto, una hoguera chisporroteó en el centro de la caverna. El Titán tomó asiento sobre una roca; los Hombres se acullaron, formando un círculo en derredor de la tibieza que irradiaba el nuevo don.

—Esto os unirá aún más —continuó Prometeo, mientras la veintena de rostros barbados le otorgaba toda su atención—. Cada vez que un hombre entregue a otro una rama encendida, será un signo de fraternidad similar al de estrechar su diestra.

Todos asintieron, en respetuoso silencio.

—Aunque también podréis darle otros usos más prácticos —rió el titán—. ¿No tendréis por allí algo de comida que os haya sobrado?

Menecio corrió hacia el fondo de la gruta, regresó cargando un cuarto trasero de uro.

—Hasta ahora —explicó Prometeo— sólo comíais la carne caliente cuando la arrancabais, aún palpitante, de la presa recién muerta. ¡Ahora podréis comer caliente siempre que así lo queráis! Y será mucho más sabroso, os lo prometo.

Tomando una de las toscas lanzas que descansaban contra la pared de roca, ensartó en ella la carne e hincando vigorosamente la punta en la tierra, dejó que las llamas comenzasen su tarea. A poco, un apetitoso aroma inundó toda la gruta y los Hombres experimentaron una agradable sensación que les colmó las bocas. La grasa goteaba, lanza abajo, chisporroteando alegremente. Las sombras danzaban en las paredes.

—¿Y qué otra cosa podríamos hacer, Padre? —quiso saber Jápeto. Prometeo meditó un instante antes de responder.

—Podréis mejorar vuestras armas —suspiró—. Para empezar, endureceréis los extremos aguzados de las varas que ahora os sirven como lanzas. Luego arrancaréis, de las entrañas de la Madre Gea, rocas que, una vez expuestas a un intenso calor, podréis trabajar para obtener mejores utensilios para cazar y descuartizar

vuestras presas... ¡Epimeteo! Trae más ramas. ¡Por favor, no dejéis que se extinga!

El mencionado, echó a la hoguera las ramas espinosas que habían cerrado la entrada de la cueva.

—¿Qué has hecho? —protestó Deucalión—. ¿Cómo haremos ahora para mantener alejadas a las fieras.

—No te preocupes, hijo mío, para ese menester también será útil mi regalo.

Prometeo tomó un tizón encendido y, con un movimiento rápido y certero, lo arrojó contra una pareja de lobos, que habían sido atraídos por el olor de la carne asada y que se alejaron, aullando, en medio de la noche.

Los Hombres festejaron con risas. El Titán giró el trozo de uro, para que se cociera del otro lado, y prosiguió:

—Fabricaréis recipientes donde podréis preparar éste y otros alimentos de maneras diferentes; también podréis extraer los jugos de los frutos de Démeter para aliviar las enfermedades. Además, haréis herramientas que os permitirán cortar y tallar las rocas, para construir con ellas casas, templos y... —su mirada pareció atravesar los muros de piedra y las edades —llegará el día en que este elemento os dará el poder de surcar la tierra, los mares y los cielos.

—¡Entonces, seremos Dioses! —exclamó Atlas, alborozado.

—No —replicó el Titán, frunciendo el ceño. —Seréis Hombres, ni más ni menos.

Comieron.

El silencio que se apoderó de la caverna apenas si era quebrado por la masticación y el crepitar de los leños.

—Hijos míos —declaró Prometeo al fin— os amo. Yo mismo os he creado, con mis propias manos... con mis propias lágrimas... Porque os amo, persuadí a Palas Atenea para que os concediese el don del entendimiento, ese mismo don que deberéis usar para comprender que este último regalo que hoy os he hecho puede dar vida, pero también quitarla. Puede ayudaros a construir, pero también puede arrasarlo todo cuanto hayáis edificado. ¡Tenedlo bien

presente! Estad alertas, de vosotros depende, únicamente, la forma en que utilizaréis el fuego que os he traído, desafiando la cólera del propio Zeus...

El rayo abrió su sendero de devastación a través del firmamento; un trueno furibundo se precipitó, como un tornado, en el interior de la caverna, estremeciendo Hombres y rocas.

Con gesto adusto, Prometeo se puso de pie y se encaminó hacia afuera.

—¿Dónde vas, Padre? —la voz de Deucalión expresó la interrogante general.

—Al encuentro de mi Destino. El vuestro, Hombres, queda en vuestras propias manos.

A las puertas de Hel

Vincent Rodríguez

*Un palacio que se erige
lejos del Sol
en Nastrond;
sus puertas dan hacia el Norte,
gotas de veneno caen
de sus aberturas;
entretejido está ese palacio
con lomos de serpiente.*

Edda de Semund

I

Tras meses de andar por senderos de afiladas rocas en medio de inmensos glaciares, dejó ver una sonrisa en su rostro. Se acercaba a su destino. A lo lejos escuchaba las sombrías aguas del Giöll, y pequeños destellos dorados le indicaban la ruta a seguir.

Conforme avanzaba podía admirar cada vez más la magnificencia del puente. En vida había escuchado su descripción en los festejos, pero nunca esos cantos, por más armoniosos, podrían acercarse a lo que ahora estaba ante sus ojos. Un imponente puente de cristal atravesaba las aguas del río, con enormes trozos de oro incrustados por doquier. Sus zapatos, desgastados por el camino, se deslizaban con suavidad sobre la superficie, y el puente se mecía de un lado a otro suspendido por un largo cabello que sostenía la inmensa estructura de un extremo del río al otro.

Dos días le tomó cruzar el puente. Esto no fue nada comparado con la travesía anterior desde su lugar de sepultura a las tierras del norte.

Al otro extremo del puente, sin embargo, encontró algo que las canciones describían muy bien, por lo que supo qué hacer.

—Alto. Detente y dime, mortal ¿Cuál es tu nombre?

Delante de sí tenía a Modgud, un enorme esqueleto que custodiaba el puente. Sus huesos amarillentos y roídos retumbaban al moverse, y la voz que salió de la hueca calavera habría sido suficiente para matar a cualquiera.

El hombre intentó responder, pero su lengua fallaba cada vez que intentaba pronunciar su nombre.

—Me llamo... Mi nombre es...

—Parece que estás en el camino equivocado, no es tu destino pasar la eternidad en Nifflheim. Vuelve por donde viniste, no perteneces a este lugar.

—No, espera. Este es mi destino, debo entrar a Nifflheim.

Modgud se levantó de su asiento, dejando ver su imponente altura. Dio dos pasos hacia el hombre y con el puño cerrado golpeó la tierra a su lado. El sonido del golpe retumbó en las montañas.

—Vete ahora, si no deseas pasar tu otra vida nadando en las aguas del Giöll.

El hombre asustado retrocedió, entonces recordó las historias que desde niño escuchara. Sacó de su bolsillo un pequeño cuchillo y un cuenco, parte de las ofrendas de sus familiares, e incrustó la punta en su yugular a la vez que se acercaba de nuevo al guardián.

—Sé lo que quieres, te daré el doble si me dejas pasar.

El guardián lo miró con un interés vampírico. La sangre brotaba en un hilo que caía desde su cuello hacia el cuenco; cuando este estuvo lleno, lo puso en el suelo al borde del puente. Modgud parecía hipnotizado. Tomó el cuenco con una mano mientras con la otra untaba sus dedos y los llevaba a su frente, esparciendo la sangre.

—Si tanto deseas entrar al reino de Hel, adelante, tus ojos reflejan otro destino.

II

El hombre siguió su camino. A pesar de estar muerto, la falta de sangre le afectó. Sus piernas apenas respondían lo suficiente para seguir caminando por el sendero al otro lado del río. Se

preguntaba por qué su familia no había quemado un caballo o una carreta en su pira, para hacer la travesía más fácil. Sin prestar atención a esto, continuó.

El paraje al otro lado no era distinto al que antes recorriera. Un largo sendero recorría aquellas tierras heladas del norte a las que ningún mortal llegaba nunca. Las enormes piedras cubiertas de hielo se encontraban por doquier, y una espesa niebla lo cubría todo.

Los días pasaban y el camino no se alteraba. La vista era siempre la misma y el hombre, desesperado, se preguntaba cuándo llegaría a las puertas de Hel.

Pasaron varios días más y al fin la vista cambió para el viajero. Imponentes árboles se alzaban donde antes solo había hielo y rocas. La niebla era menos espesa y podía ver con claridad las hojas de acero que caían de las ramas, cortando de vez en cuando su piel al rozarla.

Anduvo por el bosque de acero durante semanas y al llegar al otro lado su cuerpo se hallaba cubierto de yagas y heridas en carne viva. La debilidad se acrecentaba.

Conforme avanzaba los árboles se hacían cada vez más escasos. Nuevamente el paraje se cubría de rocas afiladas que por poco terminaban de destruir sus zapatos. Se detuvo entonces para contemplar las enormes puertas que se erguían a la distancia. Casi lo había logrado, solo debía cruzar las puertas de Hel y estaría en Niflheim, donde pasaría la eternidad en aburrimiento. No era el Valhala, pero había peores destinos que un hombre podía sufrir al morir.

Caminó hacia las puertas. Charcos de sangre cubrían el suelo. Frente a las inmensas puertas se preparó para empujar. Tomó una bocanada de aire y se recostó, empujando.

Las puertas apenas empezaron a retroceder, ya podía escuchar al otro lado hervir la caldera de Hvergelmir, y el metálico sonido del río Slid, en cuyas aguas rodaban sin cesar infinitas espadas desenvainadas. El palacio de Hel estaba cerca.

Los alaridos de una bestia le hicieron retroceder. De una pequeña cueva manchada por la sangre salió a su ataque un can demoníaco. De su hocico manaba espuma roja que corroía la tierra

con las salpicaduras provocadas por sus coléricos ladridos. Sus afilados colmillos blancos se asomaban en cuatro hileras, y el grueso pelo de su espalda se erizaba de manera amenazante.

El hombre retrocedió corriendo. Si era alcanzado por las fauces del can no podría entrar a Niflheim y deambularía por siempre en aquellos parajes inhóspitos. Mientras corría recordó el pequeño paquete que cargaba consigo en una bolsa de cuero. Era lo único que podía calmar la ira del can, un pastel de Hel.

Apresurándose intentó abrir la bolsa, pero sus dedos se resbalaban. Entonces tomó el cuero y lo lanzó con su contenido al animal. Este se detuvo, olfateó la bolsa una y otra vez. Entonces la sostuvo con una pata mientras desgarraba el cuero con la otra.

El hombre miró con esperanza cómo esto sucedía. Pero entonces, el can, furioso al mirar el contenido, se lanzó nuevamente al ataque. El cuero debía contener el pastel, pero en su lugar había una simple roca. En ese momento el hombre recordó su vida. Recordó a su esposa e hijo, infelices por los males tratos; recordó cómo se regocijaba insultando a los pobres, golpeando a los ancianos y torturando a los niños por diversión. El pastel era una ofrenda para aquellos que en vida fueron bondadosos y dieron pan a los menos afortunados. Él había sido un ladrón, y se ocupaba de su dicha sin pensar en los demás.

En ese momento se detuvo y miró atrás. La bestia se lanzó con las fauces abiertas, la vista del hombre se nubló, una niebla negra y espesa como humo le rodeó, y al disiparse esta, se dio cuenta de su verdadero destino.

Estaba en Nastrond, de pie dentro de la cueva hecha de serpientes entrelazadas, de cuyas fauces caía un río de veneno que quemaba su piel junto a la de otros miles de desdichados. Caminó con dificultad, intentando salir de aquel lugar.

Llegó al otro extremo de la cueva, donde le esperaban las fauces de la serpiente Nidhug, la cual dejaba de morder la raíz del Yggdrasil para alimentarse con los huesos de los condenados.

Sobre los autores y las autoras

Carlos I. Naranjo-Pacheco (Santiago de Cuba, Cuba, 14 de septiembre de 1975) es escritor, trabajador social cubanoamericano y licenciado en lengua inglesa por la Universidad de Oriente, Cuba en 1998. Actualmente realiza sus estudios de postgrado en la Universidad Internacional de la Florida (FIU).

Carlos Naranjo es autor de los poemarios *Irónicamente positivo* (2013) y *Copos en la Piel* (2017), su poesía ha sido incluida en las antologías poéticas *Balseros* (2015), *Segunda antología poética Eliluc* (2015), *Versos Paralelos* (2015) y el poemario *No resignación* (2016). Ha publicado sus poemas en el fanzine *Liberpopulum* y en las revistas *Conexos*, *Signum Nous*, *Rácata* y *Baquiana*.

Rafael Ángel Herra, autor costarricense, alterna entre el texto de ficción (novelas, cuentos, microrrelatos), la poesía y el ensayo (la corporalidad, la violencia, la estética del monstruo, el autoengaño, etc.). Autor de unos veinticinco libros y miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua, se doctoró en Filosofía en la Universidad de Maguncia. Trabajó como catedrático de Filosofía en la Universidad de Costa Rica, cuya Revista de Filosofía dirigió.

Fue profesor huésped en las universidades de Giessen y Bamberg.

Su novela *Viaje al reino de los deseos* se leyó en el Bachillerato costarricense por muchos años.

Fue Embajador de Costa Rica en Alemania y en la Unesco.

Entre otras traducciones al alemán, al francés y al italiano, en el 2019 se publicaron, en Salerno, una selección bilingüe de su poesía y la edición italiana de *El ingenio maligno*. Esta novela también formará parte de la colección *Las puertas de lo posible*, en la Editorial Eolas.

Premio Internacional de Poesía Alfonso Gatto 2019 (Salerno).

Premio Áncora de novela (Diario La Nación, Costa Rica).

Algunos títulos: *La guerra prodigiosa*, *Viaje al reino de los deseos*, *D. Juan de los manjares*, *La divina chusma*, *Artefactos*,

Melancolía de la memoria, Lo monstruoso y lo bello, Autoengaño. En el 2020 publicó el libro de crónicas *Novelas del caminante*, así como Alfonso Gatto, poeta de la nación ofendida. Selección y traducción de poemas.

Sussy Carballo Herrera nació en Heredia en 1972. Estudió en la escuela Pedro Murillo Pérez y la escuela en la secundaria en el Liceo Rodrigo Hernández Vargas. Sus estudios universitarios los realizó en la Universidad Nacional, Universidad Florencio del Castillo y Universidad de las Ciencias y el Arte, donde sacó la licenciatura. Es docente de primaria y escritora. Actualmente inculca en sus estudiantes el disfrute de la lectura, a la vez que promueve el desarrollo de la creatividad y la imaginación en ellos. Entre sus retos están el rescate patrimonial oral, al recolectar historias de miedo y leyendas urbanas que contaban nuestros abuelos para el disfrute de grandes y chicos.

Oscar Gerardo Brenes Cerdas nació en Cartago, Costa Rica el seis de enero de 1981. Realizó sus estudios de primaria en la Escuela Jesús Jiménez de Cartago (1987-1993) y de secundaria en el Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago (1994-1998). Realizó estudios universitarios de Diseño Industrial en el Instituto Tecnológico de Costa Rica graduándose con el grado de Bachillerato Universitario en Ingeniería en Diseño Industrial en 2007. Siempre fanático de la mitología del mundo y de la lectura en general, pero más de los géneros de fantasía épica, ciencia ficción y amante de las tradiciones y cultura de los pobladores autóctonos de Abya Yala (América), inicia una propia aventura en el 2012 al escribir la serie de libros “Las investiduras del emperador dios” uniendo dos de sus aficiones, la cultura autóctona y los relatos épicos. Publica en el 2014 el primer libro de la saga, *El Jaguar de Fuego*; en 2015 la segunda parte: *Fuego de Toluak*; en 2016 la tercera parte: *El Águila del viento* y en 2018 la cuarta parte: *La Serpiente en Llamas*.

En 2017 publica su primer libro de cuentos: “Descubriendo Raíces, cuentos sobre niños originarios de Costa Rica” auspiciado

por el Fondo para el financiamiento de proyectos de las artes literarias del Colegio de Costa Rica, Ministerio de Cultura y Juventud.

Ha participado en varias antologías de cuentos como; “Crónicas de lo Oculto”, “Bucaneros de la Costa, piratas en Costa Rica”, “Teman a los vivos, homenaje al Sanatorio Durán”, “La Risa Sana, antología de cuentos para corazones contentos” de la misma editorial.

En el 2015 incursiona como narrador de mitos y leyendas sobre el tema indígena, asiste a escuelas y colegios a dar charlas y como cuentacuentos. Entre las narraciones de su repertorio están mitos y leyendas incluidos en sus libros y de la tradición oral de los pueblos indígenas de Costa Rica y América, utilizando en medio de la narración instrumentos musicales y elementos precolombinos, esperando con esto preservar la cultura originaria.

Marliz Giraldo Quesada nació el 29 de octubre de 1993. De madre costarricense y padre panameño, vivió sus dos primeros años en Panamá. El resto de su vida ha transcurrido en Costa Rica, país en donde creció al lado de su abuela y su mamá.

Entró a estudiar Psicología en la UACA, pero se dio cuenta de que esto no era lo suyo cuando llegó a la práctica terapéutica, entonces, decidió entrar a la Universidad de Costa Rica para estudiar Filología Española y desarrollar su verdadera pasión: la lectura y la escritura.

Juan Pablo Delgado Castillo nació el 18 de febrero de 1983 en Palmares. Es licenciado en Ingeniería Industrial, escritor y narrador oral. En 2012 incursiona en la literatura con su libro *La noche de los espantos*. En diciembre de ese año gana el tercer lugar en el Certamen Nacional de Cuento José León Sánchez, organizado por Cuturacr.net, con su relato “Torre de Piedra”, que fue publicado en el libro *La palabra en la encrucijada. Tomo 2*. En 2013 gana una mención honorífica en el concurso Leer es Pura Vida, con su relato de ciencia ficción “Galatea”. En 2014 publica su segundo libro, *Lo que me contó el sombrero*, una colección de cuentos infantiles.

También ha publicado los libros *Horror, angustia y locura* (junto a su hermano), *Los Espantos* y en el 2020 de manera virtual publica *Del Horror y otros demonios* (también junto a su hermano). Ha participado en las antologías como *Penumbbras*, *Galatea*, *Cyberpunk 506*, *Crónicas de lo oculto*, *Teman a los vivos*, *Bucaneros de la costa* y *La Risa sana* de la editorial Clubdelibros.

Fuera de Costa Rica, sus cuentos han sido publicados en la revista chilena *Ominous Tales*, en los libros *Chile del Terror III: Mare Monstrum* y *El foso: historias desde el abismo* de la editorial chilena Austrobórea Editores, y *Peces con alas*, del sello argentino Ediciones Croupier. Además, en el libro *Tierra Breve* de la editorial salvadoreña Iniciativa Centroamericana.

Daniel Frini (Argentina, 1963) es ingeniero, escritor y artista visual. Publicó en revistas virtuales y en papel, blogs y antologías de Argentina, España, México, Colombia, Chile, Perú; y, además, fue traducido y publicado en Italia, Portugal, Brasil, Francia, Estados Unidos, Canadá, Uzbekistán y Hungría. Publicó *Poemas de Adriana* (Artilugio Ediciones, Buenos Aires 2017), *Manual de autoayuda para fantasmas* (Editorial Micópolis, Lima, Perú, 2015) *El Diluvio Universal y otros efectos especiales* (Eppursimuove Ediciones, Buenos Aires, 2016) y *Nueve hombres que murieron en Borneo* (Artilugio Ediciones, Buenos Aires, 2018). Obtuvo, entre otros, el Premio Internacional de Monólogo Teatral Hiperbreve Garzón Céspedes (2009, Madrid / México D. F.); Premio La Oveja Negra (2009, Buenos Aires, Argentina), Premio El Dinosaurio (2010, Colombia), Premio I Certamen Internacional de Relato Corto Nouvelle (2017, España), Premio Místico Literario del Festival Algeciras Fantastika(2017, España) y Premio III Concurso Microrrelato Ilustrado Universidad de Jaén, (2019, España).

Leopoldo Orozco (1996). Narrador, ensayista y traductor nacido en Ensenada, Baja California. Fue fundador y editor de la revista *De-lirio*, desde su fundación hasta 2021. Ha sido publicado en medios nacionales e internacionales como *Revista Virtual*

Quimera, Liberoamérica, Tintero Blanco, Punto en Línea y Blanco Móvil. Es autor del libro de minificciones *En la cuerda floja* (Reverberante, 2020) y del libro de ensayos *Cinco autorretratos en ausencia* (Fósforo, 2021), de próxima aparición. Participó en el área de ensayo del XI Curso de creación literaria Xalapa 2019 de la Fundación para las Letras Mexicanas, y resultó finalista en el XI Premio de Relatos para Jóvenes otorgado por la Universidad Camilo José Cela (Madrid), en la categoría de estudiantes de Hispanoamérica.

Diego Maenza (Ecuador, 1987) es escritor. Entre los años 2015 y 2016 mantuvo un innovador proyecto de escritura en su espacio web, al invitar a creadores de diversas expresiones artísticas de toda Latinoamérica (pinturas, dibujos, fotografías, artes gráficas, caricaturas) y al trabajar en distintos registros: comedia, sátira, ciencia ficción, fantasía, terror, horror, drama, realismo, y demás, volcados en los numerosos géneros: fábula, cuento, leyenda, poesía, ensayo, pieza teatral, aforismos. Fruto de esta labor creativa surge un libro atípico: *Caricreaturas*.

Ha publicado el libro de relatos *Teoría de la inspiración, primer volumen de la denominada Trilogía del arte* y el poemario *Bestiario Americano*, libro que condensa mitos urbanos y leyendas de todo el continente. Además, es autor de la novela *Estructura de la plegaria* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2018), la cual aborda temas sensibles como la pederastia y el aborto.

José Luis Pérez Ramírez (La Paz, Bolivia; 1954) estudió en México e Italia. Ha publicado en Amazon tres novelas y una colección de cuentos, algunos de ellos difundidos en Costa Rica, España, Argentina, Colombia, Estados Unidos y México.

Félix Alejandro Cristiá, escritor puertorriqueño criado en Costa Rica, ha publicado relatos en varias revistas literarias y ha colaborado con artículos sobre filosofía y literatura para distintos medios.

Tamara Viquez Madrigal nació en agosto de 1993 en San José, Costa Rica. Actualmente es Bachiller en Filología Clásica y estudiante regular de Bachillerato y Licenciatura de Filología Española en la Universidad de Costa Rica. Aficionada a las artes, estudió durante un semestre Dibujo en la Casa del Artista y estudia ballet clásico en el Taller Nacional de Danza.

Martha Bátiz nació y creció en la Ciudad de México, pero vive en Canadá desde el 2003. Ha publicado su obra en medios de México, España, Puerto Rico, República Dominicana, Perú, Estados Unidos, Irlanda, Inglaterra y Canadá, y sus cuentos han sido premiados en diversos concursos internacionales. Es autora de *A todos los voy a matar* (Ed. Castillo, 2000), *La primera taza de café* (Ed. Ariadna, 2007), y *Boca de lobo*, novela corta premiada en el certamen internacional “Casa de Teatro en Santo Domingo”, Rep. Dominicana, publicada en Canadá en inglés como *Damiana’s Reprieve* (Exile Editions, 2018) y en francés como *La Gueule du Loup* (Lugar Común Editorial, 2018). *Plaza Requiem: Stories at the Edge of Ordinary Lives* (Exile Editions, 2017) es su primera colección de cuentos en inglés.

Por otro lado, Martha Bátiz es doctora en letras por la Universidad de Toronto, traductora profesional y profesora. En 2015 fue seleccionada entre el Top 10 Most Influential Hispanic-Canadians por el Congreso Hispano-Canadiense y la Hispanic Business Alliance.

Luis Antonio Beauxis Cónsul es un escritor montevideano. Publicó su primer relato en 1980, desde entonces ha obtenido premios y menciones en concursos de narrativa y poesía, nacionales e internacionales. Ha colaborado en medios de prensa, participado en antologías y lleva publicados los libros de cuentos *Ficciones* en su tinta, *Cuenticulario*, *Otras Memorias* y *Un Puñado De Sol*.

En los últimos años se ha dedicado también a la Poesía habiendo obtenido, entre otras distinciones el ser ganador del II Certamen “Un Soneto Para Soria” (Soria, España, 2014), finalista “Premio Platero de Poesía” (Ginebra, Suiza, 2015), finalista “Poesías con Fondo Sonoro” (Palencia, España, 2018), ganador del primer

lugar en el concurso “Habla de Mí”, Casa de Ceuta (Barcelona, España, 2015), ganador del primer lugar en “Centenario Natalicio Ermelinda Díaz” (Quilpué, Chile, 2015), ganador del primer lugar en el “Concurso de Poesía Centro Cultural Andaluz” (Valparaíso, Chile, 2017) y ganador del primer lugar en el concurso “Hermandad Nacional Monárquica” (Madrid, España, 2018)

Actualmente Luis Antonio Beauxis está casado con Leonor Díaz de Vivar y tiene dos hijos (Rodrigo y Joaquín). Es empleado bancario y cursó estudios en la Facultad de Medicina.

Vincent Rodríguez Trejos nació en San José, Costa Rica, el 27 de julio de 1990. Ha participado en talleres de escritura creativa como Taxidermia del cuento, impartido por la escritora Carla Pravisani, y en cursos de escritura creativa y poesía de la Wesleyan University y el Instituto de artes de California (CALARTS). Actualmente estudia lengua y literatura inglesa en la Universidad de Costa Rica.

Sobre la compiladora

Victoria Marín es cuentista y amante del simbolismo, la literatura y la mitología. Escribe cuento, poesía y ensayo. Anteriormente, se desempeñó como asistente editorial en la Revista Educación de la Universidad de Costa Rica, y como asistente de docencia en cursos de latín, literatura y mitología griega para el Departamento de Clásicas de la UCR.

Ha publicado en la revista española Itálica de la Universidad Pablo de Olavide y en espacios como *El Repertorio*, *Liberoamérica*, *Revista De-lirio*, *Revista Antagónica* e *Íkaro*. Además, figura como autora en varios proyectos nacionales e internacionales como las antologías *Donde contamos hormigas y segundos* (Poiesis Editores (Costa Rica), 2020), *Caperucita feroz* (Ápeiron Ediciones (España), 2020) y Antología *Nueva Poesía Costarricense* (Ministerio de Cultura y Juventud (Costa Rica), 2020). Próximamente será publicada en una antología de relato fantástico, esta última con la editorial EUNED. Actualmente prepara su primer libro de narrativa.

Contenido

5	Presentación
7	ÉPOCA CONTEMPORÁNEA
8	Juegos Taurinos <i>Carlos I. Naranjo-Pacheco</i>
13	Cuando Herminia iba a cumplir setenta años <i>Rafael Ángel Herra</i>
14	El niño misterioso de la carretera <i>Sussy Carballo</i>
17	Gurutiña y los niños <i>Oscar Brenes Cerdas</i>
23	Mi Llorona <i>Marliz Giraldo Quesada</i>
26	Se lo llevó el río <i>Pablo Delgado</i>
32	EDAD MODERNA
33	Los ojos de Lucrezia <i>José Luis Pérez Ramírez</i>
37	EDAD MEDIA
38	Los últimos minutos de Bérenger de Lacroisille <i>Daniel Frini</i>
41	La sacra misión del obispo Fleming <i>Luis Antonio Beauxis Cónsul</i>
44	Der rattenfänger <i>Daniel Frini</i>
46	Twister <i>Daniel Frini</i>
48	El rey leproso <i>Leopoldo Orozco</i>
50	El púlpito de Roma <i>Diego Maenza</i>

56

EDAD ANTIGUA

57

Asiria

Félix Alejandro Cristiá

61

TIEMPO MÍTICO

62

El señor de las arenas rojas

Félix Alejandro Cristiá

66

Defensa del Minotauro Asterión

Tamara Viquez Madrigal

68

La otra verdad de Helena

Martha Bátiz

72

Un puñado de sol

Luis Antonio Beauxis Cónsul

76

A las puertas de Hel

Vincent Rodríguez

80

Sobre los autores y las autoras

87

Sobre la compiladora